

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

ESN 74920-100402-992058-78





La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>Argentina potencia</i> (RICARDO G. GIORNO).....	5
<i>Hugy</i> (EDUARDO POGGI).....	12
<i>El árbol de nuestra sangre</i> (GUILLERMO ECHEVERRÍA).....	24
<i>Sombras en la oscuridad</i> (M ^a DEL PILAR JORGE).....	28
<i>El Viajero</i> (CRISTINA E. CHIESA).....	31
<i>El Barble</i> (RICARDO CURCI).....	33
<i>El encuentro</i> (ADRIÁN N. ESCUDERO).....	40
<i>El tipo</i> (MARCELO DI MARCO).....	45
<i>Detrás de la puerta</i> (SERGIO GAUT VEL HARTMAN).....	50

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO
http://faneditor.hi5.com

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad
de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

ESN 74920-100402-992058-78

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
LUCILA GALLARDO, LUIS ALBARRACÍN y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
"Catarsis" (BÁRBARA DIN)

lias y siguió caminando por el sendero, cuesta arriba, desnuda, rumbo a su casa. Los verdes y azules imposibles habían desaparecido; todo el paisaje había adquirido una tonalidad mustia, desabrida, y Lyra supo que eso era para siempre. Pero no le importó. Conservaría lo ganado, se dijo, mientras en su mente sencilla se revelaba con claridad el acuerdo al que habían llegado los amos de Polit y los extraterrestres. Los vio, en la última imagen que les dedicaría en lo que le restara de vida, contando monedas, inclinados sobre una mesa, como vulgares usureros.

La lluvia había golpeado las flores con rabia y el lodo parecía cubrirlo todo. Pero la casa seguía allí y ella la convertiría en su fortaleza.

Lyra se sentó junto a la ventana y paseó su mirada por la playa. No

había sido peor que otras veces. O sí, pero no importaba. En algún momento tropezó con el falso pescador, que seguía con la mano extendida, como un ridículo monumento erigido en honor al desaliento. Eso le provocó un desaforado ataque de risa porque, imaginó, Pedro no sabía cuándo ni por qué la había alzado.

Poco antes del amanecer, los pescadores dispuestos a hacerse a la mar encontrarían a Pedro en la misma posición, aunque la marea ya habría hecho su trabajo diario y el agua, por entonces, le estaría llegando al pecho. Los cangrejos, ajenos a todo, le habrían invadido el rostro y colgarían del cabello, la nariz y las orejas como adornos de un árbol navideño.

© SERGIO GAUT VEL HARTMAN, 2004.

SERGIO GAUT VEL HARTMAN
(Argentina —Buenos Aires, 1947—)

Ha publicado en NM "El último viaje de Octavio" (# 1), "Un viaje al ayer" (# 3) y "El regreso del hombre muerto" (# 7).

Alfredo J. Grassi
Adrián Rosal
Fernando J. Ramos
Nobel Poz
Carlos Gili
Roberto Juárez
Susana Rodríguez Tugols
Mario César Carper
Jorge Claudio Weinman
Adolfo Pérez Zelaschi
Alberto S. Vallini
Silviano J. Carletti
Armando S. Fernández
Gabriel de los Santos
Rafael Montalván
Javier S. Rama
Nora I. Rodríguez
Mario Gándoli
Eugenio J. Zapietro
Hernán Domínguez Nimo
Marcelo Vicente
Augusto Scheimberg
Martín Cagliani
Norberto Rodríguez Van Rosset
Rafael Horroby
Alfredo Ernesto Grassi
Alejandro Alonso
Christian Vallini Lavazan
Héctor R. Pessina
Samuel Cadanel

Juan Manuel Valitutti
Mariano Buscaglia
Miguel Bordini
Roberto Bellani
Carlos Daniel J. Vázquez
Gustavo Campanelli
Carlos Häusermann
Laura Ponce
Carlos M. Federici
Héctor Otero
Omar G. Barzatti
Francisco Baltar
Carlos Skerme
Adrián H. Triscian
Ariel Bergler
Gonzalo Bravo
Maximiliano Martoff
Eduardo A. Sánchez
Santiago Oviedo
Carlos Pensa
Javier Hildebrandt
Lila Cantarelli
Carlos Ramírez
Carolina A. Ferrari
Diego Martínez
Oscar Giménez
Adriana Carriero
Adrián N. Escudero
Leonardo Wadel
Carmen Hebe Tanco

Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA
La nueva revista de Ediciones Argeos
donde reinan la aventura y la fantasía

http://revistaaventurama.blogspot.com

Dirigida por el legendario Julio De Luca

■ Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGEOS
EDICIONES
ARGEOS

copiados de las mareas, y las caricias fueron como la arena y el agua. Tenían todo el tiempo del mundo y parecían dispuestos a gastarlo sin moderación. Cuando él la penetró con suavidad, atento a cada uno de los gestos de ella, acompañando los gemidos con suspiros, el cielo empezó a oscurecerse. Las nubes grises como potros y el azul del cielo que se hundía para siempre parecían estar probando los riesgos de la noche. Pero a Lyra no le importaba. Había estado buscando a Pedro sin saberlo en cada hombre o mujer que la había alquilado. Miraba su rostro de costado, la boca entreabierta, los labios resecos, la respiración agitada dilatando la nariz. Vio la lengua huyendo de la boca y la vena palpitando en el cuello, a punto de estallar y el cabello, duro por la sal, erizándose como la creta de un gallo. Le apretó la mano con fuerza y con un movimiento feroz lo insertó en sus entrañas. Lyra gritó y gimió. Pedía más, y él le daba más, como si toda su vida pasada hubiera sido un preludio de aquel momento. Ella comenzó a arquearse en los brazos de Pedro al caer las primeras gotas y cuando él la aplastó con todo el cuerpo y ella gritó su nombre la lluvia se hizo más violenta. Se fueron hundiendo en el abismo ilimitado del placer y alcanzaron juntos la otra orilla.

5

Pedro se puso de pie y se miró las manos. Estaban blancas y mojadas. Sólo entonces volvió a mirar el rostro inexpresivo de Lyra. La lluvia, presa de una furiosa compulsión, formaba intrincados dibujos en la arena,

pero perdía su identidad unos metros más allá, entre los bordes encrespados de las olas.

Cuando habló, la voz de Lyra sonó temblorosa, quebrada. Estaba preparada para lo que ocurrió, pero no de ese modo, casi como una violación. El chopra se había burlado de ella, pero había obtenido el producto puro que estaba buscando desde el principio. Pedro era un fraude, una marioneta.

—¿Él te envió, el extraterrestre? ¿O fue Polit?

Pedro permaneció silencioso e inmóvil. Las órdenes impresas en su mente contemplaban únicamente las acciones que había realizado: la aproximación, la actividad, el orgasmo. Su faena había terminado y no existían mandatos ulteriores. Habría permanecido quieto, de pie junto a la orilla durante el crepúsculo y toda la noche si Lyra no lo hubiese atropellado en su camino, rumbo al mar. En ese instante, como si un fugaz destello de razón lo hubiera golpeado en el sitio preciso, volvió a ser un hombre común y corriente, no un pelele.

—¡No lo hagas! —exclamó extendiendo una mano.

—¿Que no haga qué, imbécil? —Lo miró por encima del hombro desnudo con una mezcla de asco y desdén—. ¿Pensaste que me iba a suicidar por un revolcón más innoble que otros? —La mujer no dio más explicaciones y comenzó a barrer la arena que se había adherido a su cuerpo utilizando las olas y la lluvia. Cuando volvió a pasar junto a Pedro se detuvo un momento y le escupió.

—Ya les pagué por la isla y el futuro; estamos a mano. —Recogió el vestido empapado y las sanda-

Podrías no estar leyendo estas líneas.

Entre las reglas no escritas de **NM**, una de las más importantes es la de que saldrá puntualmente en fecha o desaparecerá. Y se estuvo cerca de eso.

Una mudanza y dificultades con un proveedor de Internet arrojaron espesos nubarrones sobre la continuidad de la publicación. Quedaba, no obstante, la alternativa de trabajar fuera de línea y de que luego mis hijos se encargaran de habilitar oportunamente este nuevo número. Pero igual estaba el engorro de no poder mantenerse en contacto directo con los colaboradores y los lectores, como es costumbre. Una sana y gratificante costumbre.

No obstante, luego de varios disgustos, se encontró una solución y la tarea de crear la revista pudo continuar por los carriles normales.

Atrás quedó la desagradable experiencia de tratar con una empresa en la que el cliente sólo parece ser importante en función del pago de las cuotas, la incompetencia de los administrativos y la desidia del servicio técnico. Seguramente, en estos tiempos, podrán lograr la prosperidad. Pero la época de los jóvenes exitosos y ocupados sólo de sí mismos, parafraseando un antiguo poema anglosajón, también pasará.

Mientras tanto, pese a todas esas dificultades, hay quienes siguen trabajando —a veces, a puro pulmón— para crear y difundir lo que realmente es importante. El ejemplo de las revistas colegas, tanto connacionales como extranjeras, es más que elocuente.

Después de todo, la cultura es uno de los principales motores de la civilización. Desde el surgimiento de las sociedades agrícolas, el arte y la ciencia pudieron desarrollarse para acompañar a las pasiones humanas en el proceso de forjar nuestra historia, con todos sus defectos y aciertos.

En ese sentido, **NM** está más que orgullosa por ser parte de un movimiento que día a día busca mejorar y desarrollarse.

Pero, ciertamente, la satisfacción es mayor cuando se pueden apreciar los resultados.

Sin ir más lejos, en ocasión de la tercera entrega del Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (<http://premiointernacional.blogspot.com/>), TERESA MIRA resultó acreedora del 2º accésit en la categoría Ensayo por su trabajo "La trama del Vacío", publicado en **NM** 13 y reeditado en **Cuásar**. Por cierto, los postulados en la categoría Relato (GIORNO y CHAIJA) también quedaron muy dignamente ubicados dentro de la primera mitad de los participantes, en un tándem que ya es habitual entre los propuestos por esta revista. Nuestras felicitaciones, una vez más, a todos ellos.

Finalmente, como anecdótico, cabe señalar que este número fue armado casi en su totalidad en una *netbook*. Parece que era ayer cuando los faneditores de **Sinergia**, **Gurbo**, **Nuevomundo** y tantas otras otras publicaciones independientes cortábamos y pegábamos los originales para fotoduplicación sobre la mesa de algún bar. Parece que era ayer cuando **Axxón**, la primera revista electrónica de ciencia ficción, se repartía mano a mano en disquetes de 5¼...



S.O.

al bajar, había dejado al descubierto.

Lyra avanzó hacia el borde del agua hundiendo sus pies en la arena. El sol, alto en el cielo, inexorable, le castigaba los hombros y los brazos y la llenaba de luz. Alzó los ojos y los dejó viajar hasta el horizonte; luego los recuperó porque los necesitaba para correr eludiendo las olas que rompían sin fuerza. Cuando quedó sin aliento se sentó en la orilla, todavía sorprendida de conservar la soledad, de que nadie la siguiera y observara, de que su única compañía fueran las conchas marinas, los guijarros infinitamente pulidos, el sol, el rumor del mar.

Se quitó las sandalias y el vestido.

—Quero imaginar que me estás esperando. —La voz sobresaltó a Lyra más de lo que lo hubiera hecho un trueno o una explosión. Buscó la fuente y un rayo de sol la hirió con saña.

—¿Quién? —No pensó en cubrir su desnudez, pero la asaltaron las imágenes del chopra, de Polit. Había pedido un año y le habían concedido un puñado de minutos.

Un hombre joven y bello como un dios se acuclilló junto a ella. Estaba vestido con las sencillas prendas que usan los pescadores.

—Soy Pedro —dijo el hombre con toda formalidad, tendiendo una mano enorme, cubierta de callosidades. No parecía turbado por la desnudez de Lyra, tampoco demostraba mayor interés. La había encontrado y se comportaba con educación. Lyra aceptó la mano y la estrechó sonriendo.

—Pensé que yo era el único habitante de la isla.

—Es tu isla —dijo Pedro—, todos los pescadores fuimos informados, pero no se nos pidió que la abandonáramos. ¿Es así como debe ser?

—Así debe ser —dijo Lyra. Los hechos se precipitaban; ella no estaba enterada de todo—. ¿Saben por qué?

—Se dicen cosas; algunas son difíciles de creer. Que llegaron visitantes del espacio. Que pocas personas los vieron. Que fuiste una de esas pocas, una embajadora; eso dicen.

—¿Una embajadora? —El término hizo sonreír a Lyra; nunca se había pensado como tal, pero de algún modo lo era. Observó a Pedro con atención y él sostuvo la mirada. A medida que transcurrían los minutos una familiaridad infrecuente los cubrió con su manto. Ella le preguntó acerca de la pesca y los peces y él le contó todo lo concerniente a barcas y redes, corvinas y camarones. Luego fue el turno de él. Y ella sólo le dijo unas pocas cosas sobre el chopra y sobre Polit y nada sobre el cuerpo y el sexo por dinero y los hombres que se amontonaban en su pasado como fardos. Pedro era un simple pescador y seguramente no estaba interesado en esos asuntos. Lyra dejó que el presente hablara por ella y cuando Pedro extendió la mano áspera para tocarla por primera vez ella adelantó el torso y lo envolvió con sus pechos y sus brazos y su boca. Fue muy sencillo. El pescador obedecía a los impulsos con la misma naturalidad con que arrojaba la red y la recogía cargada de frutos del mar. Los movimientos fueron lentos, muy lentos,

Los textos de esta publicación fueron editados con OpenOffice 2.3. La revista se armó con Scribus 1.3.5. Los archivos PDF se generaron con PDFCreator 0.9.8 y jPDFtweak 0.9.5.

Estaba en el lugar exótico y solitario que había deseado durante mucho tiempo, un lugar que podía estar o no en la Tierra, que podía ser o no real. Pero las cosas habían cambiado milagrosamente desde su encuentro con el chopra; el extraterrestre había cumplido su parte del trato, de eso estaba segura.

Se acercó a la ventana y vio verdes y azules imposibles. El sol, asomándose por detrás de un cerro nevado, parecía querer iniciar un juego que implicaba algún tipo de ilusión óptica. Pero ella no estaba interesada en juegos. Quería disfrutar de la libertad sin restricciones, dejarse llevar por los impulsos. Por lo pronto, un hambre de loba le había estado royendo las entrañas. Sin preocuparse por cubrir su desnudez, se preparó un desayuno succulento y lo devoró. Luego, una vez saciada, trató de pensar en los cambios que había traído a su vida el encuentro con el chopra. Una obligación, sólo una, instalada en un punto incierto del futuro, pagaría todas las cuentas y caprichos. Descubrió que podía divagar acerca de millones de posibilidades, y aunque su mente no era brillante, empezó a elaborar un catálogo de todas las cosas que existían en alguna parte y que ella podía estar interesada en poseer, disfrutar, obsequiar, disponer, percibir. Cuando fue consciente de que estaba desnuda y de que esa desnudez no era parte de una transacción, se atrevió a tocarse con delicadeza, como si todo su cuerpo fuera una golosina. De todo lo que puedo tener y hacer, reflexionó Lyra, mi cuerpo es el bien más precioso. Y sólo lo entregaré de nuevo a quien yo quiera,

cuando yo quiera, se maravilló. Puso un dedo por las aureolas de sus pechos y sintió algo que jamás había sentido: un placer que se distanciaba sin pudor del erotismo y se ligaba con firmeza a la idea de posesión. Soy mía, dijo una voz profunda, surgiendo de cada cavidad del cuerpo, de cada superficie, de cada pequeña esfera de vacío formada en el fondo de su ser. Inspiró y aquella magia fue una recompensa en sí misma y se mezcló con el sabor de su propio aliento y con un sonido distante que hasta ese momento se había mantenido en un recatado segundo plano: el rumor del mar. Lyra pensó que la felicidad era completa, porque estaba en una isla y nadie llegaría a perturbarla. Midió con coraje y supo que no necesitaría ver a nadie antes de... un año.

No, un año es mucho tiempo, pensó mientras recorría el sendero que descendía suavemente hacia la playa. Un mes es suficiente. ¿Una semana? Fue arrancando flores de los macizos que flanqueaban el sendero y las trenzó con sus cabellos. Se había vestido con una única prenda ligera y calzaba sandalias, aunque estaba segura de que frente al mar recuperaría la desnudez del despertar, tan similar a un nacimiento.

La playa, como sospechó, estaba vacía. Había dos barcas amarradas a un muelle rudimentario, pero no se advertían movimientos a bordo o en los alrededores, con excepción de las voraces gaviotas negras que chillaban mientras daban cuenta de los deshechos de pescado y los coágulos de algas que la marea,

ARGENTINA POTENCIA

RICARDO G. GIORNO

—¿Dónde mierda estoy? —dijo en voz alta el navegante Melinucchi cuando abrió los ojos.

Pero nadie le respondió.

Lo trajo al presente el característico dolor de huevos, propio de cada despertar. Entonces recordó la misión, el despegue. El hundirse en la blanca y muelle nada del sueño criogénico.

Quieto, sin siquiera intentar moverse, aguardó a que la IA ordenara la inoculación. ¿Por qué dejaban para lo último el analgésico? No había vuelta que darle: los que configuraron el sueño criogénico eran unos sádicos, y la Inteligencia Artificial no les iba a la zaga en tal creatividad.

La cápsula se puso vertical y la tapa se licuó, y pronto fue absorbida por el cuerpo metálico. Una vez afuera, Melinucchi revisó las otras dos cápsulas: en orden, sin necesidad de intervenir.

Si bien ya no le dolían los huevos, mantenía esa sensación que lo urgía a mear cada cinco minutos, cosa que lo distraía de sus tareas. Por suerte, lo que debía encarar en

esa jornada era un trabajo mecánico, aprendido a través de años en la Fuerza. Los momentos iniciales luego del sueño le restaban coordinación a sus movimientos.

Lo primero: buscar fisuras en el casco del *Evaristo Meneses II*. Y allí fue. Encontró dos, que enseguida reparó el brazo robótico.

De vuelta en Sala Criogénica, miró dentro de la cápsula del Capitán. Le vio los ojos encogidos, las mandíbulas apretadas, la boca fruncida. Melinucchi sonrió: su amigo pasaba por lo mismo que había pasado él. Rió entre dientes, tentado con anular el suministro del analgésico. Pero no: los huevos eran los huevos, y con eso tan sagrado no se jodía. Volvió a repasar los signos vitales: todo bien, el Capitán pronto saldría de aquel cubículo.

Se situó frente a la cápsula de la piloto Luluanda. La teniente primero Luluanda Makeba. Ella despertaría después de que el navegante, él mismo, revisara todo manualmente. ¡Qué cosa con los pilotos! ¡Y encima la negra se iba a le-

vantar como si nada, con los ovarios frescos! A las mujeres no les pasaba nada con el Sueño Frío. La miró a través de la tapa: en realidad era una suerte que les hubiese tocado nuevamente ese bombón de chocolate. ¡Otras tripulaciones no tenían tanta suerte!

Con el Analizador de Variables en mano, Melinucchi recorrió los circuitos plasmáticos en busca de alguna anomalía. ¿Para qué se seguía exigiendo el uso de humanos desde que medraban las IA? Ellas hacían el trabajo mejor que él, mejor que cualquiera lo hacían. Él mismo había abandonado los cursos de Interpretación de Idiomas Galáticos. Total, las IA aplicadas a los programas de traducción lo resolvían todo en un santiamén.

—Hola, Meli —oyó a su espalda.

—Hola, Capi —dijo sin darse vuelta—. ¿Necesitás algo?

—Un buen masaje en las pelotas necesito. Dale, che, seguí laburando. Yo voy a estirar las patas.

Melinucchi fue hasta el tablero de mantenimiento y verificó el campo, la gravedad y el replicador. No pudo aguantarse: pulsó en el *dispenser* GASEOSA COLA.

Dio un sorbo. Reconoció el sabor. Sonrió.

—¿Por qué mierda —dijo y encendió el intercomunicador— no escribirán PEPSI en lugar de GASEOSA COLA, que es más corto?

—Tranqui, boludo. Ya vengo.

—Che, pero mirá que ya termino. Sin vos no puedo entrar al puente.

Por último, Melinucchi revisó el timón secundario y conectó el AV a

la IA. ¡Listo el trabajo! Ahora todo dependía del Capitán.

Y el Capitán regresó a tiempo para el control vocal. Cuando la cabina se despresurizó, pudieron entrar al puente.

—Che, Meli —dijo el Capitán, al tiempo que inspeccionaba los controles—, la tengo bien al palo, ¿sabés? *Aquí el Capitán* —moduló el tono de voz más profunda y mejor recortada—, *muestre gráficos de acercamiento*.

—¿En serio? —dijo Melinucchi, calibrando el rastro de plasma—. ¿No cogiste antes de salir?

—¿Y eso qué tiene que ver, boludo? *Autorización A-2-5-0*. ¿A vos no se te para de nuevo al rato después de un polvo?

—Bueno, pero... Sí, sí, ¡claro que se me para! Lo que pasa es que todavía me sigue la sensación, ¿viste? —Melinucchi dejó lo que estaba haciendo, se pasó una mano por el miembro y miró fijo al Capitán—. ¿Measte, vos? A ver si estás al palo porque tenés ganas de mear. Vos sos medio rarito, je.

El Capitán sonrió.

—¿No te me estarás aputando, Meli? *Confirme curso*.

Un holograma apareció al frente del panel de babor.

—Boludo, la vas a hacer concha a la pobre máquina hablándome a mí y a ella al mismo tiempo.

—No —dijo el Capitán—, ya la tengo acostumbrada. La calibraron para diferenciar mis tonos de voz —se dio vuelta y colocó el pulgar en un cuadrado luminoso—. Che, está todo en orden. *Todo en orden*. ¿Para qué carajo nos hacen hacer siempre las mismas huevadas, me

acudió a ella derramándose en caricias, como si fuese la palma de una mano cálida y suave al tacto, un poco húmeda, un poco áspera.

=Beberemos un poco de ese néctar y desapareceremos para siempre de tu vida.

No es un mal trato, pensó Lyra; excelente, para alguien como yo. Será doloroso, con seguridad, pero no más que la presión de un instrumento quirúrgico, el golpe más fuerte del mundo, y por fin un pinchazo eléctrico derramándose por todo el cuerpo. Le dolería, pero no por mucho tiempo.

—No es un mal trato —dijo Lyra, ahora en voz alta, aunque sabía que no era necesario.

=Lo sé —dijo el chopra y empezó a retirarse. La oscilación del péndulo se hizo más lenta y Lyra volvió a sentir la extrañeza del vacío, la garra escarbando en la arena y el chirrido deslizándose por un rugoso túnel. Era la evidencia final de que existen criaturas lo bastante poderosas para apoderarse de la mente, de toda la mente y jugar con ella como si fuera una bola de arcilla. Era el sello que el chopra utilizaba para marcarla como ganado.

—Es extraño —dijo Lyra inútilmente—; más extraño que cualquier cosa que yo pueda llegar a imaginar, ¿no es cierto?

=No tan extraño —dijo el chopra. Una vez más había asomado la burla, el juego sin reglas en el que, lo sabía, jamás podría vencer. No le importó. Había llegado al límite de sus posibilidades. Le dio la espalda al extraterrestre y volvió a quedar sumida en la oscuridad.

3

Polit la estaba esperando. El vestido colgaba del brazo; tenía la mano extendida y los ojos casi cerrados.

—Fue mejor de lo que esperábamos.

—No podían perder —replicó Lyra, altiva. Arrancó el vestido de la mano de Polit y se lo puso con un movimiento tan económico que pareció un pase de magia.

—Estábamos preocupados —dijo Polit—. Nunca podemos saber lo que realmente quieren.

—¿Preocupados? Están muertos de miedo. Siguen estando muertos de miedo. No han avanzado un solo centímetro, y para colmo de males ahora dependen de mí, de lo que yo haga. Una puta tonta e ignorante los tiene en un puño.

Polit no contestó y le cedió el paso para que ella lo precediera por el pasillo apenas iluminado, rumbo a la luz.

4

Oleadas de diminutos, exquisitos olores, tomaron por asalto su sentido más alerta. Luego fue el tacto; las sábanas, confeccionadas con un material fresco y suave que no era seda, acariciaron su piel desnuda con la destreza de un amante experto. Esperó los sonidos, pero ellos no llegaron. El silencio que la envolvía era denso y se prolongaba a lo largo de senderos mojados por la lluvia reciente y se espesaba aún más en las hojas y los troncos de los árboles. Sólo cuando estuvo segura de que eso era todo lo que obtendría mientras permaneciera con los ojos cerrados, se atrevió a abrirlos.

te dará placer no hacerlo. Querrás complacernos, sin más recompensa que la que, para entonces, ya habrás obtenido y disfrutado largamente.

Lyra pensó sin reservas en el rostro de esa concesión. ¿Qué pediría el chopra? Ése u otro chopra, lo mismo daba, custodiaría la amenaza, siempre fresca, siempre latente, lista para ser ejecutada. Sólo sería feliz sabiendo en qué consistía, qué sacrificio final esperaban los extraterrestres de ella, qué última humillación, qué perjuicio extremo... Pero el chopra, que había estado pendiente de sus pensamientos, como el que acaba de hacer un regalo y espera la reacción del afortunado, volvió a sorprenderla.

=Te diré ya mismo qué esperamos, cuál es el rostro de nuestra esperanza secreta.

—¿Sí?

=El momento sublime del... amor —dijo el chopra—. El orgasmo, esa energía incomprensible, porque sólo fructifica en la unión, es lo que nos interesa estudiar y desmontar.

—¿Qué debo hacer, entonces? —Lyra logró relajarse un tanto; había compuesto figuras infinitamente más onerosas en su larga carrera. ¿Eso era todo? Unos vulgares fisgones, al fin y al cabo, los temibles extraterrestres. ¿Querían ver cómo lo hacía? ¡Si lo hubieran dicho antes hasta podría haber montado un acto improvisado con el mismísimo Polit!

=No, así no —dijo el chopra—. Nada preparado, nada forzado o artificial. Queremos un instante de entrega suprema, un momento. Ni si-

quiera será necesario que estés consciente de que está ocurriendo; podemos trabajar sobre eso. Tenemos todo el tiempo del mundo. Puede ser mañana o dentro de veinte años.

—Pero mi condición no facilita esos momentos. Mis uniones son lo contrario de lo que ustedes buscan; son sórdidas, mezquinas.

=No será necesario que continúes ejerciendo tu... profesión. ¿Por qué seguirías siendo una prostituta? ¿Por placer, ya que no por necesidad? Ya te dije que tendrás todos los bienes materiales que puedas desear.

Lyra hizo equilibrio sobre la idea. Nunca se lo había planteado en esos términos y tenía que llegar un extraño, un ser nacido en un lejano sistema solar, para poner esa cuestión sobre la mesa, en blanco y negro. Se permitió visualizar, sin preocuparse por la intrusión del chopra, toda una serie de situaciones en las que ejercía su nuevo rol de gran dama, en lujosos hoteles de exóticas islas del Pacífico, eligiendo, sabía o caprichosamente, a su amante de turno; no había límites a lo que podría hacer. Luego imaginó su cuerpo centelleando en medio de una alucinación inducida por una droga cara y sonriente e imaginó también al chopra, agazapado, a la espera del orgasmo sublime, robándoselo en medio de un resplandor rojo, dejándola confusa, aturdida, vacía. Sopesó los pros y los contras. ¿Qué pasaría después? ¿Qué harían con ella una vez que obtuvieran lo que habían venido a buscar?

No necesitó expresarlo con palabras, por supuesto. El chopra

querés decir? Hoy día, las máquinas pueden hacerlo todo por uno.

—¿Despertamos a la negra?

—Atila me dice que acepte tu propuesta cuanto antes —el Capitán sonrió y se señaló la entepierna—. Pero mejor no. Vamos a seguir los reglamentos. Sabés que los de Asuntos Internos viven mandándose cagada tras cagada, pero les encanta rompernos las bolas a los oficiales de carrera.

—¡Atila! Qué hijo de...

Luluanda despertó de golpe. Enseguida la cápsula se puso vertical y licuó la tapa, tal como habían hecho las otras. Le extrañó la ausencia de los dos oficiales. No encontró su propio uniforme.

—Siempre los mismos hijos de puta estos porteños —dijo, aunque la idea de tener que andar en bolas un rato no le preocupaba en lo más mínimo.

Se dio cuenta de que funcionaba el holocaptor. Acercó un puño hacia el ojo digital y levantó el dedo medio. Sonrió.

Desnuda, fue hasta su camarote. Era consciente de que estaba moviendo el culo más de la cuenta: los holocaptos del corredor permanecían encendidos. Podía imaginar a los muchachos ratoneándose mal.

Una vez lista, se dirigió a la proa.

—¡La teniente primero Luluanda Makeba pide permiso para ingresar al puente, señor!

—Dale, Lulú, pasá y no rompas las bolas con formulismos.

—¿La IA no está grabando?

—No —dijo Melinucchi—. Pusimos un cubo de otra misión. Total, esto es Argentina.

—Cuando salí de criogenia, no encontré mi uniforme. ¿Ustedes saben qué pasó?

—¿Él no te dijo que esto es Argentina? —dijo el Capitán señalando al navegante, y los dos hombres rieron.

Luluanda se acomodó en el sillón del piloto y revisó los controles.

—Sí, me lo dijo. Es que no creí que en mi Argentina fuesen todos tan pajeros.

—¡Ja, ja, ja! —intervino Melinucchi—. ¡Caliente, mi negra, caliente!

—¿Caliente? —dijo Luluanda—. ¿Cómo que caliente?

—Y... —el Capitán fue hasta la consola de los sensores de largo alcance—. Qué querés, Meli, está excitada ante la presencia de dos machos porteños.

—¡Uy, sí! —Luluanda se contoneaba remedando movimientos eróticos—. Desde que Argentina invadió Congonia, que las congonesas estamos recalientes con el macho argentino.

—No jodas —dijo el Capitán.

—En serio. Mi bisabuela siempre me contaba que cuando llegaron los argentinos a su aldea, las mujeres abandonaron a sus hombres —Luluanda sonrió—. Hombres de dos metros, hercúleos, incansables. Los dejaron apenas vieron un argentino. Y si era porteño, ¡mejor!

El Capitán iba a responder, pero de pronto el mapa holográfico fluctuó y dio paso a la representación de un planeta.

—Los sensores de largo ya captan Arena —dijo Melinucchi—. Es hora de que vaya a revisar los trajes y el vehículo.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Melinucchi consultó en el AV.

—Una hora y cuarenta y siete minutos —dijo.

—Tiempo más que suficiente para que las relaciones entre la ciudad de Buenos Aires y la provincia de Congonia se intensifiquen —el Capitán le tomó la mano a Luluanda—. ¿Me permite, señora? No tengo dos metros, ni soy incansable. Pero bueno, en fin...

—Che —dijo Melinucchi antes de que los dos salieran del puente—, decíle a Atila que no se canse, que tenemos que bajar en el planeta.

En órbita sobre Arena, la nave sondeaba cada centímetro de terreno.

—Capi, qué mierda de planeta que nos tocó. Ni una gota de agua.

—Se cree —dijo Luluanda— que hay agua debajo de lo que parece arena.

—Lo sensores no detectan ni agua ni otros signos de vida —dijo el Capitán.

—¿Y qué mierda querés que detecten, si son del siglo pasado? Se los compramos a los yonis a precio de oro, y ellos seguro los iban a dessecar.

—Y bueno, boludo —dijo el Capitán—, el político de turno tiene que comer.

—¡Caballeros! A ver si por una vez se ponen serios. Voy a acercar la nave a una órbita baja. En una de esas, los sensores descubren algo.

—¡Ya hace dos días! —dijo Melinucchi—. Hace dos putos días que revoloteamos de aquí para allá. ¿Me

quieren explicar qué carajo informamos?

—Y... —dijo Luluanda—. Informemos la verdad: los sensores de corto no funcionan.

—¿Pero vos estás en pedo, Lulu? —el Capitán transpiraba manipulando la IA: quería realinear una vez más los instrumentos, una última oportunidad para que los sensores percibiesen algo—. Primero, van a decir que nosotros los estropeamos, que antes del despegue funcionaban perfectamente. Y por último, vamos a terminar haciendo vuelos de cabotaje entre los asteroides villeros.

—¿Los asteroides villeros? —dijo Melinucchi y se tocó el testículo izquierdo—. Mamita. ¿Y qué pensás hacer, capi?

—Pienso bajar, Meli.

—¡Ni loca ni mamada los dejo ir allí sin lecturas de sensores!

El Capitán no habló, apenas frunció los labios. Quitó el cubo de una misión anterior, y pulsó GRABAR en el comando del módulo de la IA.

—Ahora —dijo— los holocaptos funcionan a tiempo real.

—Mi Capitán...

—Ustedes pueden ver —dijo el Capitán interrumpiendo a Melinucchi— que hay una interferencia natural para que los sensores de corto detecten si existe vida en Arena o no. Mediante las cámaras de acercamiento pudimos observar ausencia absoluta de cualquier actividad ajena a las propias de este tipo de ambiente —se dio vuelta y miró fijo a Melinucchi—. Navegante, ¿está lista y preparada la Nave de Cabotaje?

—¡Al *Zonda* sólo falta cargarle el AV, mi Capitán!

regresaba, ancho de sonrisas mentales y promesas irresistibles.

=Tendrás esa joya. Y todas las joyas y vestidos y vehículos y residencias que desees. Tendrás todo el dinero necesario para procurarte esos y otros objetos que ansíes. No hay límite a lo que nosotros podamos procurarte.

Sonaba exactamente, pensó Lyra —y no se privó de pensarlo, sabiendo que el chopra lo encajaría a la perfección—, como las ofertas realizadas por millones de viejos lascivos a millones de muchachas que sólo podían negociar con su cuerpo. La Historia Humana estaba construida de episodios como éstos; eran sus ladrillos.

—Gracias —dijo Lyra—. Pero todo tiene un precio, ¿verdad? ¿Qué tendré que darle a cambio?

El chopra dudó. Fue una fracción de tiempo tan exigua que podría haber pasado inadvertida, pero Lyra estaba en la cúspide de su sintonía con el chopra. El extraterrestre había oído la trampa, el hilo invisible que lo encadenaba a una sucesión inevitable de movimientos cuya estación terminal era la prisión fría y negra de la duda, de la vacilación. Al mismo tiempo sabía que el único camino posible implicaba asumir los riesgos; decidió entrar.

=¿Darme? ¿Más de lo que ya me estás dando? No puedo pedirte un sacrificio mayor; es nuestra posibilidad de compensarte por todo lo que nos estás brindando, tan generosamente.

Fue el turno de Lyra de titubear. ¡El chopra la había descubierto! No pudo evitar que la frustración se apoderara de su ánimo, aunque tuvo la

precaución de hacerlo en el reflujo. Estaba preparada para un abanico de posibilidades, entre las que ser penetrada, forzada y herida por el extraterrestre no eran las menos factibles. Pero su ciencia se tornaba inútil si el chopra la obligaba a enfrentarse consigo misma, a tener que soportar una clase de obediencia humillante que derivaba de sus deseos más profundos.

—Si yo acepto —dijo Lyra con cautela—, llegará un pedido por afuera del acuerdo; algo a lo que no me podré negar aunque no esté obligada.

=En efecto. —El chopra volvía a sorprenderla admitiendo algo que jugaba en contra de su estrategia, por lo menos en apariencia. —Te daremos riquezas y poder sólo porque accediste a estar aquí y te comportaste con gentileza y respeto. Es suficiente.

—Se contradice —argumentó Lyra; tuvo que hacer un esfuerzo para no desear que el contacto con el chopra se deshiciera en ese mismo momento.

=No, porque podrás retirarte con lo ganado sin que te pidamos nada más, en absoluto, y no se te escapa que nuestra incapacidad para mentir es toda una garantía. —Lyra creyó sentir una carcajada profunda, subterránea, elaborada y desplegada en un sitio al que nunca podría tener acceso. ¡El chopra se estaba burlando de ella! Jugaba y sabía que no podía perder.

—Pero luego me pedirán un favor al que no me podré rehusar, por una cuestión de honor, de gratitud o como se le quiera llamar.

=Muy astuta. Sí. Es así como operamos. No te podrás rehusar. Y

crispación e incluso miedo. ¿Podía el chopra, siendo como era un ser tan poderoso, convertirse en una piltrafa vulnerable?

—¿Por qué no? —logró balbucear Lyra—. Sería muy fácil para los de su especie apoderarse de los cuerpos y obligarlos a moverse como marionetas. —Lyra no hizo el menor intento de reprimirse; sabía que el chopra captaría de todos modos lo que sintiera. Aun así, la forma de la respuesta la tomó por sorpresa.

=No —repitió el chopra. En su negativa había un componente turbio, como si la especie sólo pudiera llegar a esa configuración mutilando infinidad de pulsiones instintivas. Después de todo, pensó Lyra, se comportan así gracias a un esfuerzo de la voluntad, no porque sea natural en ellos.

—Debería probar, sin embargo —insistió Lyra, quien, una vez perdido el miedo, se sentía capaz de empujar al chopra más y más hacia adentro, hacia las profundidades de su ser. Y hasta podía disfrutar con eso.

=¡No! —exclamó el chopra. Esta vez la negativa había tenido un matiz peculiar; un trazo de miedo —demasiado parecido al pavor de Polit, para ser cierto— se asomó y se retiró como una lengua de serpiente. En algo se parecían, a fin de cuentas.

Lyra no permitió que la tormentosa certeza que se estaba formado en su mente estallara en un trueno doloroso y evidente. Había calibrado las frecuencias del chopra y eso le permitió dejar correr el pensamiento en el instante exacto en que

el penetrante garfio mental del extraterrestre ocupaba la posición más distante. Cuando regresó, Lyra estaba visualizando una joya, un complejo engarce florentino en el que reinaba la piedra azul más hermosa del universo. Era frívolo, era tonto; ella lo sabía a la perfección, pero no dejó saber que lo sabía, y para el chopra fue deseo genuino y central.

—¿Puedo tenerla? —dijo Lyra.

=Es piedra y metal —dijo el chopra—. ¿Por qué no podrías?

—Es un símbolo de poder —dijo Lyra, ansiosa por la espera a la que se veía sometida; el garfio mental del chopra se demoraba en su mente, arrastrando un dejo de extrañeza, como un ala rota.

=¿Sólo eso? —dijo el chopra—. ¿Serías eso... amada, si poseyeras la joya? ¿Más que por tu cuerpo o la ferocidad de tu entrega?

—Veo que empieza a entender —dijo Lyra—. Los atributos adquiridos actúan con fuerza análoga a los naturales. No importa cuánta belleza o cuánto premio esté dispuesto a ofrecer un individuo humano; siempre tratará de acrecentarlos mediante los símbolos del poder, del tener, que en este caso se equiparan al ser.

El chopra retrajo la garra mental y Lyra aprovechó los instantes como si fueran las últimas gotas de agua de la última botella. La desconfianza del chopra residía en su incapacidad para entender cuánta energía, qué calidad de fuerza podía generarse en el momento de la fusión entre individuos humanos de distinto sexo. Ésa era la única barrera, entendió Lyra. Pero el chopra

—Piloto, ¿alguna objeción?

—No —Luluanda bajó la cabeza y se retrepó en la butaca—. Señor —terminó en un hilo de voz.

—No la oí, piloto.

—¡No, señor!

—Bien, entonces sólo queda prepararnos.

El Capitán fue hasta el módulo de comando de la 1A y pulsó PARAR. Seleccionó el mismo cubo de la misión anterior y volvió a instalarlo en la 1A.

—Listo, boluda, a ver cómo evitás que bajemos.

Ella se acercó al Capitán y lo miró como se mira un forúnculo.

—No sé por qué voy a terminar haciendo el papeleo yo.

—Tranqui, Lulú. —Él la acarició—. ¿Qué nos puede pasar con el Meli? Somos argentinos, somos.

—¡¿Cómo que qué les puede pasar?! —Ella se acercó aun más y le dio un golpe en el pecho—. ¡Miles de cosas le pueden pasar!

Melinucchi desacopló el AV y salió del puente rumbo a la bahía de carga.

—Che, Meli, ¿cuánto vas a tardar?

—Y, una hora más o menos. ¿Por?

—Es que, ante la ira de una dama, Atila se endurece más.

Melinucchi se retiró mirando hacia arriba y mordiendo el labio. Por el audio de la nave se oyó la voz del navegante:

—¡Qué hambre, loco!

Desde los controles del *Evaristo Meneses II*, la piloto Luluanda Makeba piloteó el *Zonda* hasta dejarlo en la atmósfera baja de Arena. Luego le cedió el mando al navegante Meli-

nucchi, que suspiró al tomar el timón.

El *Zonda* descendió y, para no hundirse, antes de tocar la superficie infló su parte inferior.

—Che, Meli, desde acá el planeta parece más rosado.

—Es la refracción, Capi. Vamos a ponernos los trajes.

Bajaron.

—Los sensores de mano me marcan actividad. A las trescientas. Y se acerca. Lento, pero se acerca.

—¿Tamaño?

—Más o menos como un cachalote, Capi. Pero detecto algo... Algo como danzando a su alrededor. Parece una cabellera. O bien... *Tentáculos*.

—¿Tentáculos? —dijo el Capitán.

Un remolino a unos treinta metros fue el preludio para la aparición de un ser enorme semejante a un pulpo. Se le distinguía una especie de cara en la parte superior: un globo apenas terminaban los tentáculos.

—Gr, gle guinas grongogens —dijo.

—Meli, rajá pa'la nave y traeme el traductor. ¿Por qué mierda no vimos esto por los sensores de la nave?

El Capitán se deslizó sobre sus botas de aire un par de metros hacia el extraterrestre y alzó la mano. Conectó el audio exterior.

—Hola —dijo—. Somos del planeta Tierra. Somos argentinos.

Melinucchi llegó con el traductor. Lo colocó sobre un reborde de la nave.

—Ya estaba encendido. Se ve que Lulú pensó que lo necesitaríamos.

—*Gr, gy gesso guitri gtte guinas grongogens.*

El Capitán conectó el audio interno.

—¿Qué dice el traductor, Meli?

—No dice nada, boludo. ¿Qué querés que traduzca con una o dos frases?

El Capitán se desplazó un poco más. Abrió el audio externo del traje.

—Venimos de muy lejos —dijo a través de los parlantes de sus hombros y levantó los brazos—. Somos amigos.

—*Groggo, grogga* —dijo la criatura, y giró hacia atrás el globo que tenía por cabeza—. *Grakka gle guinas grongogens.*

—Capi, nada todavía. El coso este parece manso. Pero, por las dudas, ¿por qué no nos rajamos?

—Tranqui, boludo. ¿Qué nos puede pasar? Nos espera la gloria. Imaginate, un encuentro cercano con un bicho así. Y eso que es nada más que el primer contacto con Arena.

—*Groggo, grogga* —El “bicho” dio vuelta la cabeza y clavó la vista en los dos exploradores—. *g griggri gronso gornaris.*

—Che, Meli, es manso. Mirale los ojos: está tratando de decirnos algo. Y el puto traductor no quiere funcionar.

—Sí que funciona, dale tiempo.

—*Gu gressi groggo gy grogga, g griggri gurare grontenio.*

Dicho esto, el monstruo estiró dos tentáculos y atrapó a los exploradores. Escupió una baba blanca sobre ellos. La baba derretió los trajes, y el alien se los tragó de un bocado.

Y se fue por donde había venido.

Luanda lanzó un grito. Parecía todo tan calmo, tan verdadero.

Impotentes lágrimas de desesperación le nublaban la vista. No podía comprender siquiera cómo era que había sucedido todo. Una avalancha de insultos le vino a la mente. Y, así como venían, ella los gritaba.

De pronto un sonido característico la llevó hasta la consola que se acoplaba con la nave de cabotaje. Era el traductor que —¡por fin!— comenzaba a transmitir y se enlazaba con la 1A. Luluanda oyó la voz calma y endulzada que salía por los parlantes:

Uy, qué lindas grongogens.

Uy, y hacen ruido las lindas grongogens.

Papá, mamá, miren qué lindas grongogens.

Papá, mamá, el nene tiene hambre.

No están papá y mamá, el nene come igual.

Otra vez la teniente primero Luanda Makeba insultó. Pero esta vez los insultos no estaban dirigidos al Capitán y al navegante. Luluanda insultaba a la improvisación, a la corrupción, a la desidia, a la falta de valores, a la incultura, al “no te metás” institucionalizado.

Piloteó al *Zonda* desde la *Evaristo Meneses II*. Escribió las coordenadas de regreso en la 1A y se preparó para la criogenia.

Antes de entrar en la cápsula dedujo que ella sería el chivo expiatorio. ¿Quién se haría responsable de haberlos enviado con sensores obsoletos, incapaces de captar a tiempo la presencia de un monstruo semejante? Nadie se haría responsable.

acostumbraran a la penumbra y sólo entonces se permitió enfocarlos en el chopra.

=¿Es soportable? —El pensamiento del extraterrestre se arrastró delicadamente por los bordes de un pétalo, dibujando curvas sin retrocesos ni intersecciones, arcos amplios y flexibles.

—Sí —dijo Lyra. Vislumbró una vasta acumulación de piezas vibrátiles, segmentos de un sistema dinámico imposible de comparar con cualquier objeto material que hubiera visto en su vida. Se parecía más a una construcción, a un artefacto o a un fenómeno artificial, que a un ser viviente.

=No soy una máquina —dijo el chopra, como si fuera necesario.

—Lo sé —dijo Lyra. Estaba perpleja. La presencia del extraterrestre podía asimilarse a la aparición de un tanque de guerra en medio de la misa; era... extravagante—. No una máquina; tal vez —se animó a decir— un montaje, un dispositivo.

=No. Estás tratando de entender sin liberarte de conceptos previos —dijo el chopra—. La única indicación que me atrevo a hacer es esa: nada de lo que aprendiste sirve en este caso. La aplico a mí mismo, también. Yo veo... —Hizo una pausa, que se acentuó por el carácter del contacto—. Yo te veo como una criatura que sólo logra vivir en un plano de realidad; toda la especie está limitada a un único nivel de comprensión, por lo que les están vedados los conductos que vinculan los niveles funcionales con los que se destinan al acopio de información.

—No le entiendo; déjelo así. ¿Quiere tocarme? No me molesta que me toque; estoy preparada para eso.

El chopra no respondió. Parecía padecer una extraña forma de indecisión, en la que el deseo y el temor jugaban entrelazados; por un momento cesaron incluso los flujos paralelos de pensamiento que flanqueaban como balizas las ideas principales. Lyra avanzó y esta vez no sintió vacío o barreras. Extendió la mano y tocó al chopra. El chopra extendió... algo, y la tocó.

Fue eléctrico, por cierto, y también pegajoso. Sentir no es como razonar, pensó Lyra, o lo sintió. Las corrientes, como ráfagas de arena, la golpearon e impregnaron, cubrieron cada poro de su cuerpo y bloquearon su respiración y sus latidos. Después corrieron por los bordes y palparon cada hendidura. La sustancia, porque la sentía como si lo fuera, era blanda y sutil, a pesar de las aristas. Pero cada uno de los puntos de su cuerpo obedecía a esa presencia, opaca y poderosa, vibrando más allá de su femineidad, alcanzando patrones de confianza y aceptación inexplorados. Durante un instante, se aterrorizó imaginando que todo su vigor sería devastado por el chopra; que el extraterrestre bebería sus orgasmos, le comería las vísceras, aspiraría sus humores y, peor aún, se apropiaría de las zonas reservadas de su ser, del alma, si tal término tenía algún significado. Pero el grito mental del chopra fue como el impacto de un ariete y la expulsó de esas penosas conjeturas.

=¡No! Jamás haría algo así. —Lyra detectó repugnancia, vergüenza,

—¿Qué quiere saber, exactamente? —La mujer estaba segura de que el chopra no sabía qué buscar y por eso permitió que la duda fluyera en la misma dirección, acompañando la pregunta.

=No lo sé —admitió el chopra—, no lo sabemos. Hemos llegado a este mundo y hallamos criaturas extrañas, que se comportan de un modo diferente a las que hemos conocido en otros que hemos visitado, obedientes a morfologías y configuraciones que no existen en otros lugares del universo. Tenemos catálogos de imágenes y registros de conductas. Infinitos. La adaptación, por lo general, es variada, pero tiende a la simplificación. Acepto y entiendo que existan dos sexos, pero no comprendo su utilidad ni las dobles funciones que ejecutan. Muchas pérdidas y conflictos para la especie parecen surgir de su sola existencia, de la competencia y las jerarquías. No son necesarios para el intercambio genético; nosotros hemos aprendido a efectuar ese intercambio de otro modo. ¿Soy claro? ¿Se entienden?

—Sí —dijo Lyra—. Pero no tengo opinión sobre eso. Soy una simple trabajadora sexual, no una persona ilustrada.

=¿Trabajadora del sexo? Ya es difícil para mí aceptar el concepto de transacción, de dinero y la importancia que tiene o parece tener para tu especie. Pero ahora se suman otras incógnitas. Se compra y se vende sexo, pero eso no está ligado a la reproducción. ¿Compran y venden el producto, también? ¿Son las crías una mercancía? Siguiendo esa lógica deberían serlo. ¿Se pue-

de contratar a alguien para tener un hijo? Veo aquí algo desconcertante: las dos nociones se completan o se excluyen, obedeciendo a un patrón azaroso. ¿Estoy en lo cierto?

Lyra se había preparado para diversas variaciones, pero ésta la tomó por sorpresa. La maternidad era un pozo negro, una fuente que irradiaba impulsos nocivos destinados a destruirla. Luchaba contra esa intrusión todos los días y a duras penas lograba mantenerla a raya. ¿El chopra lo había descubierto y utilizaba ese conocimiento para dominarla?

—No deseo hablar, ni siquiera me permito pensar en eso. ¿Puede ser? —Formuló el pedido sin esperanzas, por lo que la sorprendió la retracción del extraterrestre.

=Respeto tus zonas vedadas —dijo el chopra—. Es preciso que confíes en mí, y no lo harás si te avasallo.

Lyra, en la oscuridad, fue consciente de su desnudez. Se acarició los pezones y sintió algo que rara vez sentía ante los hombres que la alquilaban. El chopra, extraño, hermafrodita, invisible, era capaz de erotizarla. ¿Podía confiar en sus propios sentimientos? Decidió avanzar.

—Necesito verlo, ahora. No puedo seguir si no lo veo.

El chopra pareció vacilar. Luego, lentamente, la oscuridad fue cediendo de a poco. El azul, digno de las profundidades oceánicas, dejó su lugar a un crepuscular cobalto y éste a oscuros magentas que rielaron y tejieron sus fases alrededor de un volumen impreciso, descendido. Lyra dejó que sus ojos se

Tan depravada como invencible, la gran maquinaria política la mandaría al fondo del tacho. A un agujero perdido de la galaxia, donde sucumbiría en un accidente. O peor aún: aquellos coimeros hijos de puta, aquellos generaluchos de buró le cortarían las piernas al confinarla a un escritorio.

Sí, sí: la arrojarían a un asteroide yermo y congelado.

Se visualizó a sí misma sellando papeles que nadie leería.

El sueño criogénico le llegó junto con una mueca de amargura.

© RICARDO G. GIORNO, 2009.



RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Publicó en **NM** "Sólo trabajo" (# 1), "Gómez y Ricuti" (# 3), "Las moscas son las primeras en darse cuenta" (# 5), "¡Oh, el fútbol!" (# 10), "Dolores que se pasan" (# 12) y "El tiempo es un capricho que nos imponemos" (# 14).



PROXIMA
es una revista
trimestral dedicada
a la difusión del
género fantástico y
la ciencia ficción
producidos
en el mundo
hispanohablante.

Consíglala en:

* CLUB DEL COMIC:
Montevideo 255, Capital Federal
(A 1 cuadra de Av. Corrientes)
Tel.: 4375-2323

* EL BANQUETE LIBROS:
La Pampa 2508, Belgrano, Capital Federal
(A 1 cuadra de Av. Cabildo)
Tel.: 4789-0070

* LIBRERIA LOS HERMANOS TANNER:
Av. de Avellaneda 306, Caballito, Capital Federal
(Casi esquina Campichuelo)



I

Después de lo que acababa de ver por televisión, Nora pensó que le hubiese gustado que Víctor y Hugy no se hubieran ido en una de sus habituales salidas de padre e hijo. Le gustaba quedarse sola en casa, pero ahora necesitaba compañía.

Encendió la PC, escribió la dirección web que habían mencionado en el noticiero y esperó el enlace.

La noticia era en verdad espeluznante, pero de ella podría obtener material para su novela, que quería encarrilar antes de salir para Gesell. En Estados Unidos, más precisamente en San Francisco, un poco conocido autor de libros de esoterismo y magia había sido hallado muerto en su departamento. Su esposa yacía junto a él, desnudos los dos y boca arriba sobre la cama, desangrados en inmaculadas sábanas blancas. Y lo más impresionante: los dos cadáveres estaban rodeados por los cuerpos de una decena de gatos negros, también muertos en aquel baño de sangre. La policía no descartaba un asesinato ritual: aun en el siglo XXI,

San Francisco seguía siendo uno de los centros de práctica de los cultos más estrafalarios.

En el monitor aparecieron imágenes bien gráficas, muy similares a las que ilustran las tapas de los libros de ocultismo. Aunque acostumbrada a ellas —de vez en cuando Nora se cruzaba a la librería Kier—, un escalofrío la recorrió: frente a la pantalla, un sexto sentido solía ponerla en guardia acerca de la información que vería en tal o cual sitio, y ésta fue una de esas ocasiones. No podía precisar la razón, pero sabía que, detrás de esas oscuridades enigmáticas y ocultas, un impenetrable misterio se escondía en la computadora.

Amenazante, se dijo. Amenazante más que impenetrable.

En un ángulo vio fotografías de la pareja asesinada.

Pensó en cortar la conexión, pero en su novela narraba los viajes de una mujer a Haití: una trama que entrelazaba zombies, bailes tribales y posesión de almas en el corrupto Puerto Príncipe de Papa Doc.

Y la curiosidad pudo más.

apetito de conocimientos. Está al tanto, porque lo vio en los registros que les dimos, que nuestra especie consta de dos sexos básicos y una gama de variantes, pero por lo visto necesita de una experiencia directa.

—Se dio cuenta de que su explicación decantaba hacia la más pura procacidad, pero no pudo o no quiso detenerse. —Tiene que palpar y sobar, tal vez lamer o succionar. ¿Qué sé yo acerca de los órganos de los sentidos de los chopra?

—Usted es un sujeto despreciable, Polit —dijo Lyra—, pero no me importa. Ha hecho bien en explicarme esto con lujo de detalles; el chopra no puede ser más repugnante que usted. Gracias. —Miró intensamente a Polit, que bajó los ojos; las palabras de la prostituta lo turbaban más que su desnudez. —Abra la puerta de una buena vez.

—No soy yo, sino el chopra, quien debe abrirla —murmuró Polit—. Lo hará en cuanto perciba que estás dispuesta.

—Estoy dispuesta.

2

La habían preparado para muchas cosas, pero no para la oscuridad. Del otro lado de la puerta se extendía el espacio infinito, sin lunas o estrellas. Un olor a guiso de legumbres, denso, sin llegar a nauseabundo, saturaba la atmósfera del lugar. Lyra sintió la presencia del chopra aun antes de que éste se animara a embestirla con sus pensamientos.

—¿Está ahí, en alguna parte? —dijo la mujer. Su voz no tembló y a ella misma le sonó resuelta, firme. No sabía si la ausencia de miedo era su propio mérito o una cualidad induci-

da por el chopra, pero no le importó. Cuando el extraterrestre contestó fue como si una pieza perfectamente pulida calzara en una matriz blanda, preparada desde siempre para recibirla.

=Estoy aquí —dijo el chopra—. Es mejor que te acostumbres a mi presencia en tu mente antes de mostrarme.

—Polit dijo que es grande, no monstruoso. —Lyra se movió hacia adelante, pero luego de dar el segundo paso sintió un vahído y se detuvo. —¿Me está haciendo algo?

=No. Sólo estoy perplejo. Tus... vibraciones son más extrañas de lo que imaginé. ¿Permitirás que te toque? No será un contacto humillante.

—Sí —dijo Lyra—. A eso vine, supongo. Creo que estoy preparada y también acostumbrada a cosas peores.

=¿Cosas peores? —El matiz interrogativo del chopra fue perceptible como la retirada de un animal que descubre a un intruso. —No lo gro imaginarlas. ¿Se hacen daño? ¿Se hieren el cuerpo?

Lyra se permitió una sonrisa interior, consciente de que sería captada por el extraterrestre. Los detalles, la clave eran los detalles. —A veces. El dolor con frecuencia está asociado al placer.

=Dolor físico. Placer físico —transmitió el chopra. Era como si estuviera escarbando en la arena y descubriendo una gema en cada puñado. La idea de los filos hiriendo una piel dura corrió y resbaló entre las paredes de un laberinto con múltiples bifurcaciones. Lyra leyó eso como desconsuelo.

sorprendido, o asustado, o más extrañado que de costumbre, podría estar menguando hasta quedar reducido al tamaño de un excremento de rata. Fantasías.

—El sexo —continuó Polit, ajeno al arrebato de Lyra—, la relevancia que para los humanos tiene el sexo, es algo que desconcierta a los chopra de un modo absoluto. Este en particular, según dice, ha venido para eso, para estudiar ese aspecto de nuestra naturaleza. —Se detuvo un segundo, irritado, reflexionando sobre sus propias palabras. —No sé para qué te digo esto; no es ningún secreto que los chopra son hermafroditas.

—Lo dice para sentir menos culpa —dijo Lyra—, pero usted tampoco sabe qué me hará, para qué pidió una hembra humana. Sólo por la cabeza recalentada de los funcionarios podía pasar la idea de que era mejor una puta, ¿no es cierto? Era mejor preservar a sus hijas o a sus hermanas de lo que el chopra podría estar tramando. No los entienden en absoluto, ¿no es cierto? Y como siempre, lo que ignoran les infunde un pavor supremo.

Polit se mordió la lengua, arrepentido de no haberla empujado sin vacilar dentro de la habitación cuando llegaron frente a la puerta.

—No fue idea mía —gimió. Se sentía sucio, manchado por pensamientos cobardes; los chopra habían trastornado las reglas de la convivencia, arrastrando a la especie humana hasta el borde de un abismo sin fondo visible. No hacían alarde de poder, pero el poder estaba allí, virtual, al alcance de la mano, vibrando invisible en cada gesto cor-

dial y afable. ¿Cómo adivinar qué voluntad secreta se escondía en el inmenso cuerpo del chopra? Polit sintió que sus propios pensamientos le quemaban el cerebro.

Lyra, recompuesta, alimentada, quizá, por la debilidad de Polit, volvió a la carga. —¿Qué pidió, exactamente? ¿Va a decírmelo ahora?

—Ya te lo dije. —Polit miró furioso la puerta. La mitad de las luces se habían apagado. Las uñas rojas de Lyra trazaron un dibujo puro en el aire cargado del pasillo, sustituyendo con sus propias señales los debilitados signos de que del otro lado había un extraterrestre curioso, tal vez perverso, preparado para consumir un acto deleznable... o patético.

—No lo dijo, Polit. Nunca dijo por qué pidió el chopra una hembra humana, si pidió eso, claro, y no estamos ante una mentira tejida por el miedo. —La mano de Lyra deslizó un bretel y luego el otro. El vestido de seda azul, leve como un plumón, se deslizó por el cuerpo hasta quedar a los pies de la muchacha. Ella dio un paso al costado y salió del círculo. —¿Qué trata de averiguar el chopra, Polit?

Polit tragó con dificultad. La desnudez de Lyra lo dejaba sin aliento. Era muy hermosa. ¿De qué hablaba esa mujer? Su misión había sido acompañarla hasta la puerta, guiándola hasta el chopra. No sentía la necesidad de hacerse esa clase de pregunta: ¿qué trata de averiguar el chopra, Lyra? Él, a ciencia cierta, no lo sabía. Pero era imperioso mentirle a la mujer.

—Ya te lo dije. Quiere saber. Los chopra padecen un insaciable

Vio en el centro de la pantalla la nítida imagen de un gato negro. La miraba fijamente, y Nora se apartó por instinto. Al desplazarse, los vivos ojos del gato se movieron con ella. Nora se levantó, caminó hacia un costado y comprobó que esa mirada la seguía hacia cualquier lugar.

Sin sentarse todavía estiró el brazo, y desde lejos pulsó la tecla para adelantar la página: raras efigies, perfiles oscuros, siluetas, figuras y esbozos de dibujos demoníacos le transmitían la sensación de que alguien, desde adentro de la pantalla, la observaba.

Leyó:

“Brujería, metafísica. *Umbral del Más Allá*. Trabajo de investigación hermética que procura despertar una conciencia de diversos interrogantes esotéricos que subyacen dentro de nosotros; que va desde la evocación de Seth, legendario demonio asirio encarnado en una hermosa mujer, pasando por el increíble origen de la Esfinge egipcia, la leyenda de los Magos Negros, los Anillos de Poder, los Sueños, los Mantras. Un análisis actual sobre la existencia de los Demonios, Espejos Mágicos, y las cualidades esotéricas del Mercurio. Apreciaremos la valiosa compañía del Gato para llegar al estadio del Hombre Despierto, para finalmente *reposar* en el seno de la Nada y conocer algunos insólitos secretos de su origen”.

Nora dudaba: puras pamplinas, pensó. Y no sabía si desconectarse o seguir leyendo. Y otra vez la curiosidad pudo más.

“El libro describe la realidad después de la muerte física, nos prepa-

ra ante los peligros que le aguardan al alma y cómo prevenirse de los riesgos de la reencarnación. Una dimensión imaginativa poblada por sueños, mitos, magia y espiritualidad. Podrá realizar un test mediante el cual sabrá si realmente tiene alma y su característica. Otro test le brindará valiosa información del destino, sobre los ciclos buenos y malos de su vida. Leyendo este libro usted podrá difundir los fundamentos del pensamiento privativo de reducidos círculos intelectuales. A partir de entonces, sobre bases científico-filosófico-metafísicas, poseerá una herramienta de pensamiento para reconocer la realidad de la existencia humana: podrá dominar el alma, la vida y la muerte”.

“PARA BAJAR ESTE LIBRO HAGA CLIC SOBRE LA IMAGEN”

Nora observó: el clic debía hacerlo sobre la imagen del gato negro, que seguía mirándola. Volvió la desagradable sensación y, al mismo tiempo, sintió una irresistible necesidad de *saber*. Otra vez dudó.

No pudo dejarme vencer por emociones inverosímiles, pensó. Necesito el material para la novela.

Hizo el clic, y comenzó el proceso para bajar el libro. En segundos dispuso de un archivo, y al descomprimirlo obtuvo el ejecutable *ocultismo.exe*. Lo verificó con el antivirus que Víctor le había instalado y lo ejecutó.

Al minuto pudo ver algo inesperado: ¡la información de la pantalla desaparecía! Desaparecía sin dejar rastro, ni siquiera del libro en cuestión.

Y nada más le pasó a la PC. Sólo se apagó. Y nada más.

Pero Nora sintió... Sintió una fuerza superior, extraña.

Una mano que se acercaba. Y se asustó cuando se apoyó en su espalda.

Hugy —¿en qué momento habrían regresado aquellos dos?— le señalaba el monitor de la PC: se había encendido sin que Nora lo tocara. Y un gato había aparecido en el centro de la pantalla. Pero no se trataba del mismo gato. Esta vez vio un gatito, un gatito negro: el enlace del sitio con la página infantil.

Nora, más asustada que antes, quiso apagar el monitor y apartar a Hugy. Pero fue inútil: aquel ser angelical, a su antojo, se quedó navegando por el sitio.

II

—Te digo que es imposible controlarlo, Víctor. ¡Imposible!

Nora ya no daba más: meses antes había pensado que la pérdida de su diario íntimo se debió a un descuido suyo. Pero cierta vez que encontró en el tacho de basura la comida que había cocinado para Hugy, sospechó el verdadero destino final de sus recuerdos de vida. Comenzó a vigilar a su propio hijo, y comprendió que no sólo se le ocurría tirar comida y objetos valiosos, sino que también les robaba a sus compañeros de colegio, destrozaba su propia ropa y cada tanto se llevaba del trinchante algún que otro cubierto —en especial, cuchillos—. Le habló Nora a Hugy muy seriamente, pero todo empeoró.

—Déjame a mí —dijo Víctor—. Faltan pocos días para rajar-

nos a la costa. Ya vas a ver cómo va a entender lo que le conviene.

Llegaron las vacaciones, la partida a Gesell. Salieron los tres y el perro de caza, Bonny, en el Chevrolet Corsa negro con vidrios polarizados: "Parece un féretro", le había dicho Nora cuando él lo compró.

A mitad de camino, en Dolores, pararon a cargar nafta en el Automóvil Club.

—Voy a ocupar esa mesa —dijo Nora—, así comemos algo al aire libre.

—Dale. Cargo nafta, compro en la parrilla y voy.

—Quiero bajar, pa —dijo Hugy.

—Vos te quedás en el auto.

La orden fue terminante, sin discusión. Víctor sabía manejar la indisciplina: dirigía un grupo de diecisiete fortachones en su empresa metalúrgica. ¡Cómo no iba a poder manejar los simples caprichos de su propio hijo de ocho años!

Después de controlar la presión de las gomas, el nivel de aceite, agua y nafta, acercó el Corsa hasta la mesa que había elegido Nora.

—Ahora bajá —le ordenó a Hugy—. Ajustale la correa a Bonny y te sentás en ese banco.

Hugy puso su peor cara de capricho.

—Ahora me quedo —dijo con el mentón levantado, cruzándose de brazos.

Víctor apeló a su especial instinto: al clavar los ojos en los de un obrero rebelde, podía convertir las rodillas de un grandote de dos metros en puro temblor. Sólo le bastó una fija mirada a los ojos de Hugy para que aquel consentido se bajara y se sentase en el banco a cuidar el perro.

decirse de unas criaturas capaces de inundarte con sus pensamientos, lo quisieras o no.

—Tengo miedo —dijo sorprendentemente Lyra—, quisiera dejar esto...

—No —dijo Polit—, no; el chopra no acepta excusas o no las entiende. Ya no es posible echarse atrás. Ni siquiera seríamos capaces de hacerle comprender que existen razones válidas para que alguien se vea forzado a faltar a un compromiso adquirido, a posponerlo, a modificarlo. Nosotros somos seres humanos; él... eso no.

La chica bajó la cabeza. —Entiendo —dijo. Lucía vulnerable en su vestido de seda azul, frágil, adorable. Pero, ¿qué importancia podía tener eso para el chopra? El que le había permitido vestirse así era un imbécil. Uno de los breteles, caído sobre el brazo, dejaba al descubierto el hombro de Lyra. La vista de Polit descendió dibujando la forma de los pechos y se detuvo en los pezones, que se marcaban ostensiblemente.

—Laura —dijo el hombre con los ojos velados.

—Lyra —lo corrigió ella, perfilando una sonrisa que se marchitó de inmediato.

—No te ocurrirá nada, Lyra —dijo Polit, tuteándola por primera vez; empleando una falsa familiaridad para darle confianza, porque creía que eso ayudaba a hacer todo más fácil—. No te va a lastimar, si eso es lo que te preocupa, no te hará daño.

Lyra extendió la mano y posó la yema de los dedos sobre las luces. Sus uñas, pintadas de rojo furioso, parecían el recordatorio de un peli-

gro latente. Algunas luces parpadearon; otras cambiaron de color. Tres verdes, dos amarillas. —Estoy lista —dijo.

—No —dijo Polit—, no estás lista. Las preguntas te ahogan. Adelante. El tiempo no es un tema relevante para los chopra; en este mismo momento está captando tu inquietud y tus dudas, y las acepta. Ya sabe que estamos aquí, frente a la puerta, que ya llegaste; eso lo tranquiliza, porque hemos cumplido con nuestra parte del trato. Seguramente interpreta que esta dilación forma parte del encuentro.

Lyra levantó el bretel y cruzó un brazo, apoyando la mano en el hombro y cubriéndose los pechos, como si eso disminuyera su desamparo. —¿Qué diferencia supone que yo sea... lo que soy? —dijo señalando la puerta—. ¿Pensaron que estoy acostumbrada a las peores perversiones y que eso los absuelve?

A Polit no le pasó inadvertido el tono de amargo resentimiento arrojado en las palabras de Lyra, por lo que contestó con aspereza; no podía permitirse el lujo de una escalada.

—Al chopra no le importa que seas una prostituta o la virgen María; no sabría cómo distinguir a la una de la otra. No vino a la Tierra por una cuestión de orificios, ¿está claro? —Polit se sorprendió por la dureza de sus palabras; no solía ser elocuente. Pero Lyra reaccionó del mejor modo posible.

—Sí —dijo la muchacha con los ojos rebosantes de furia. La puerta pareció temblar ante el impacto de toda esa energía psíquica. Del otro lado de la puerta el chopra, tal vez

DETRÁS DE LA PUERTA

SERGIO GAUT VEL HARTMAN

1

No logra imaginar lo que le espera, pensó Polit mientras conducía a la mujer por el pasillo apenas iluminado.

—¿Se siente bien? —le dijo, más que nada por cumplir; la cortesía se le daba bien a Polit, en especial cuando trataba con prostitutas.

—Un poco asustada —respondió Lyra—. ¿Es muy grande?

Grande, chico. A Polit no le gustaban esa clase de preguntas. ¿Qué importaba el tamaño? Para entender una minúscula porción de lo que había detrás de esa puerta era preciso ajustar cada uno de los criterios adquiridos a lo largo de toda una vida.

—Grande —dijo Polit rascándose la oreja—, sí, muy grande. Por lo menos mucho más grande que cualquiera de nosotros. Pero se mueve poco y lentamente, por lo que no parece tan grande.

Se detuvieron ante una puerta metálica cubierta de luces que par-

padeaban en rojo, verde y amarillo. Junto a la puerta había una consola; el conjunto hacía pensar en el decorado de una mala película de aventuras.

—¿Es aquí? —La chica comenzó a temblar. Hasta ese momento, en la pruebas preliminares, durante la selección, incluso cuando supo que era la elegida, había observado una envidiable entereza. Polit decidió ser indulgente. ¿Acaso estaba seguro de que ante una presión semejante él lograría comportarse mejor?

—Sí —dijo Polit, tragando con dificultad. Por un momento sintió que sus temores eran ciertos: la estaban llevando al matadero, disponían de la vida de una persona, de alguien que no les pertenecía, para negociar la acción o la inacción de un dios poderoso y quizá arbitrario. Lo que sabían de los chopra cabía en una hoja. Desde su llegada a la Tierra, los extraterrestres se habían limitado a sugerir o, en todo caso, a pedir educadamente, seduciendo sin alzar la voz... si tal cosa podía

Pronto Víctor y Nora volvieron de la parrilla con dos choripanes, un lomito y una Coca.

—Yo también quiero choripán —se quejó el chico.

Otra vez la mirada de Víctor, y Hugy se comió el lomo sin pestañear.

—¡Pero, qué hacés, hijo de puta! —Víctor, mientras comía y charlababa con Nora sobre el alquiler de la carpa, se había descuidado por unos minutos—. ¿Lo querés matar?

Hugy, parado sobre el banco, tenía a Bonny colgando de la correa como si fuese un perro de peluche. El pobre animal encogía y estiraba sus patas traseras tratando de hacer pie.

—¡Largalo, pedazo de boludo!

—Sí, papi —Hugy, abriendo los dedos, dejó escapar la correa, y Bonny gimíó al golpear en el piso.

Víctor tuvo ganas de agarrar a ese estúpido de una oreja y entrarlo a patadas en el auto.

Se esforzó y contuvo la bronca: lo agarró de un brazo y lo metió en el coche.

—Te dije que es un demonio —dijo Nora.

Demonio. A Víctor no le gustó la palabra.

—¡Ma qué demonio! —dijo—. ¡Ese hijo tuyo es un maleducado que necesita un buen escarmiento!

—¿Qué le vas a hacer?

—Ya lo verás.

Mientras Víctor y Nora discutían, Hugy, encerrado en el Corsa, se reía y les hacía muecas.

No se lo oía del todo, pero a Víctor le llegó un soplo helado y hueco que fue destilándose en palabras ve-

nenosas: *Falta poco. Falta menos de lo que pensás.*

III

Llegaron a "Viejo Árbol", la casa alquilada. Acomodaron la ropa dentro de los placares y fueron a cenar.

Víctor no le sacó la vista de encima a Hugy: a dos manos pelaba los huesos del asado de tira con la voracidad de una angurriente hiena. De una mesa vecina, unos viejos lo miraban sin disimulo.

Mis métodos son efectivos, pensaba Víctor, pero la complacencia de Nora me lo echó a perder a este hijo.

Volvieron.

—Vos —le dijo Víctor a Hugy— te refregás bien la boca con detergente. Después te metés enseguida en la cama y te dormís.

Él y Nora ocuparon el dormitorio matrimonial, al que los dueños habían decorado con horribles acuarelas marinas. Bonny, tal como acostumbraba a hacerlo en Buenos Aires, subió a la cama y se ovilló a un costado de Víctor.

Víctor se despertó en la oscuridad de la pieza. Acababa de quedarse sin aire; una especie de apnea.

Miró el reloj: las tres de la mañana. Además sentía una punzada en la boca del estómago. Transpiraba mucho. Se dio cuenta de que el perro, agazapado, gruñía como si hubiera alguien a los pies de la cama. Víctor no se atrevió a prender el velador, pero algo distinguió en la penumbra: la... ¿la cara de Hugy? Lo miraba fijo mientras se convertía en algo... diferente; algo distorsionado, fantasmal. Una silueta difusa,

cadavérica, que surgía de entre la bruma de un pantano.

Nora encendió la luz.

Nada. Nada ni nadie.

—¡Qué horrible!

—¿Vos también lo viste, Nora?

—¿Ver qué, Víctor?

—No... no sé. —Él no quería contarle; la notó asustada—. Debe ser este dolor de estómago que me está matando.

—Habrás tenido una pesadilla como yo. ¡Espantosa fue!

—Bueno —dijo Víctor—, nos cayó pesada la comida. —Y recordó la horrible visión.

Se levantó. Buscaba un Sertal para su dolor. Al pasar frente al dormitorio de Hugy, se asomó y encendió la luz.

Hugy dormía profundamente.

Todo parece raro, pensó Víctor. Raro y confuso. Una mala jugada de mi imaginación, consecuencia de este dolor de mierda.

Volvió a la cama, y sus pasos re-tumbando en la pinotea le evocaron una voz lúgubre: *¡Demonio, demonio!*, se le ocurrió que gritaba esa voz, y desde lo hondo de una fosa.

¿La voz de Hugy?

A la mañana, durante el desayuno, Víctor dejó de untar su tostada. Se aclaró la garganta y miró a Hugy.

—Hugy. —No logró que su voz sonara imperativa.

—Sí, papá —dijo Hugy en un tono hueco, que jamás le había oído. El chico levantó la cabeza y fijó sus ojos en los suyos.

—No... dejá. —Víctor bajó la vista hacia las tostadas: esta vez, los ojos de Hugy no eran... No, los ojos de Hugy no eran los ojos de Hugy. Era como si...

No, se dijo. La mente me tiene a mal traer.

No quiso comentárselo a Nora, quien después de la siesta le dijo:

—Ni dormiste. ¿No te parece que estás dando por el pito...?

—...dale, Nora, seguímelo sintiendo. No sé por qué no se lo dije, pero necesita un castigo.

—¿Un castigo, encima? ¿Qué pensás hacerle?

—Nos vamos de caza. Como decía mi viejo: "Una forma de aprender a ser hombre".

—¡A cazar!

—Y cada vez que se mande una caída, va a tener que caminar a campo traviesa. Este guachito, si es necesario, se hará a los golpes hasta que caiga molido.

—¡A cazar! ¿Estás loco, Víctor? Las armas son peligrosas. Un descuido puede ser fatal.

Víctor no contestó. Quería pensar una réplica inmediata, pero el recuerdo de los ojos de Hugy durante el desayuno le secó la garganta. Porque ahora estaba seguro: los ojos de Hugy, al mirarlo, habían despedido un extraño brillo rojizo.

IV

Dos días después, se levantó a las seis de la mañana. No se duchó: se cambió directamente y fue a la cocina. Había tomado esa precaución, que compartió con Hugy:

—Los animales se espantan al oler el jabón o el desodorante. Y yo quiero que vos entres en contacto con la naturaleza salvaje. Ya lo creo que vas a entrar en contacto.

zando, pero es necesario que encuentre a alguien, un auxilio: siente que se sofoca. El aire es un ardor húmedo, imposible de respirar. Huele a desinfectante, a viejo, a orines concentrados y perfume barato. Sus pasos la llevan por el corredor, flotando casi. A través de las paredes le llegan voces, llantos, gritos ahogados. Sigue avanzando, sin saber adónde. Se encuentra ante una puerta cerrada, una habitación desconocida. La puerta se abre, y ella se detiene ante el umbral. No quiere asomarse, pero tampoco soporta la tentación.

Y los ve.

Su madre y su padre. La madre, sentada en una silla, con un rosario entre las manos. El viejo en la cama, de costado. Jadea y rechina los dientes, con el pecho destrozado

por el cáncer. El hedor de las pústulas vuelve a ella: escaras, costras purulentas que nunca se había atrevido a restañar.

Su madre deja el rosario y le sonríe.

—Sos vos —dice, levantándose—, sos vos, mi vida...

Ella quiere entrar en la habitación, abrazarlos. Piensa que tal vez le quede una oportunidad.

Y la puerta se cierra en sus narices.

Y una zarpa aprieta su cuello desnudo, más y más.

Y una burla ronca y tierna se insinúa como de lejos. Lejana. Más y más lejana.

—Sos vos... *Mi princesita.*

© MARCELO DI MARCO, 2009.

MARCELO DI MARCO

(Argentina —Buenos Aires, 1957—)

Editor de unos quince libros de narrativa, poesía y ensayo, en 2005 fundó "La Abadía de Carfax" y coordina el Taller de Corte y Corrección.

En sus escritos puede apreciarse la herencia de EDGAR A. POE, CHARLES BAUDELAIRE, ROALD DAHL, FRANZ KAFKA y JORGE LUIS BORGES.

TALLER DE ESTRUCTURA Y ESTILO NARRATIVO

Coordina: CLAUDIA CORTALEZZI

<http://www.redescriitoresespa.com/C/cortalezzi.htm>

Taller personalizado, acreditado por MARCELO DI MARCO
("Taller de Corte & Corrección")

Modalidad: PRESENCIAL o VIRTUAL

Contacto: clauro@speedy.com.ar / claro65@yahoo.com.ar

cha. El beso de un príncipe, pero también el de una bestia.

Y después la oscuridad.

Y este despertar, acompañada. Bordeado por el límite de las sombras, el tipo duerme. Bulto sin forma. Masa tubular, imprecisa.

Ella no logra oír su respiración.

Va a tocarlo.

Va a tocarlo, pero se acuerda del lugar en que la obligó —¿la obligó?— a poner la boca. Había visto hacer eso en una revista: la gorda disfrazada de bruja, arrodillada atrás de un hombre en cuatro patas, desnudo y enmascarado, con desproporcionada cornamenta. En varias de las fotos colgaba de la pared una cruz, pero al revés.

Se aparta del tipo, manotea la mesa de luz en busca del velador. Pero la mano se pierde en el aire. Ni velador, ni mesa de luz.

No está en su dormitorio.

No puede ser. De un salto se pone de pie y descorre las cortinas del ventanal que entrevió cercano a la cama.

Y sale al balcón.

La claridad de la calle le llega como una visión tenue y neblinosa en medio de la noche.

Hace frío. Sube un olor acuoso, nauseabundo. Ella se frota los costados y mira hacia abajo. Mira hacia la calle.

Pero no, no hay calle. La calle es de agua.

Se restriega los ojos, y vuelve a asomarse.

La calle es de agua.

Hay antorchas que reflejan su intermitente luz en el agua; hay barcas que navegan por ese río, por ese canal en que la calle se ha convertido.

Hay palacios enfrente, hay una iglesia enorme, góndolas y muelles y luces que brillan en la noche. Dos parejas caminan por la orilla del canal. Los hombres llevan capas amplias, sombreros emplumados, espada al cinto. Las mujeres, envueltas en trajes exuberantes, ocultan la cara con antifaces.

Advierte ella entonces que se tambalea; busca apoyo en el mármol de la balaustrada.

Desde la cámara le llega un ruido. No quiere mirar.

El tipo. El tipo, que se ha levantado.

Oye que avanza hacia ella. Tiene la garganta seca, rellena de ceniza. El olor agri dulce se hace más denso. Hedor a descomposición, a pulpa podrida.

Escucha las pisadas. Se acercan muy despacio.

Dos góndolas hienden las aguas dirigiéndose hacia las parejas. Filos lentos, fúnebres.

Y el suelo le tiembla bajo los pies; el suelo se le abre más y más en un vértigo de grieta y alarido y salto hacia la nada. Descubre que la pendiente de la noche es áspera. Es de tiniebla, de escamas, de cortantes alas de cuero. Ella cae y cae en el vacío, vuela en remolinos espesos de negrura. Se escucha gritar. Y se ve a sí misma, lejos, lejana, muy lejos de Venecia. Avanza por un pasillo estrecho, resplandeciente. La luz blanca es tan poderosa que no logra distinguir el final del corredor. Por el frío de las baldosas en los pies desnudos, sabe que no está soñando. De pronto una figura imprecisa cruza el fondo. Ella grita, y su propio eco la horroriza. Quisiera no seguir avan-

Media hora más tarde —Nora no había salido a despedirlos—, Víctor metió a Bonny en el baúl.

—Vos —le dijo a Hugy—, subí adelante. Sentate a mi lado.

Una vez en la ruta, Víctor enfíló directo por el camino que bordeaba el cementerio. Sabía que trece kilómetros más adelante, doblando a la derecha, se llegaba a la estación Juancho del ferrocarril Roca, abandonada muchos años atrás. Pero él dobló a la izquierda: tomaba otro camino de tierra, el de la antigua ruta a Mar del Plata.

—¿Sabés? —dijo—. Mi viejo siempre me traía cuando salía a cazar. Este camino es el que recorríamos en busca de un campo tranquilo, a pocos kilómetros de pasar una amplia curva.

Tal cual: tantos años después, Víctor estaba a punto de tomar ahora esa misma curva...

...pero la curva nunca apareció. ¡Apareció la estación Juancho!

Víctor clavó los frenos. No entendía nada. ¿Estaba loco?

—¿Doblé a la izquierda o a la derecha, Hugy?

Nada: de nuevo Hugy se había encerrado en su coraza interior, para variar. El mismo autista de siempre, la puta madre.

Pero él estaba seguro: había doblado a la izquierda, y no a la derecha. No dudaba de que era la estación Juancho abandonada, y no otra cosa: veía los pastos crecidos en los andenes, las vías casi enterradas, los helechos en los ladrillos húmedos de las paredes, las tejas ennegrecidas, los agujeros en los techos medio derrumbados. Pero... ¿cómo habían ido a parar ahí, él y Hugy?

Metió primera y picó hasta que esa estación fantasma desapareció del espejo retrovisor.

Reconoció un campo, una vieja charca donde había cazado patos con su padre, ahora seca y sin casas cercanas ni animales pastando.

¿Había doblado a la derecha, entonces? Porque recordaba que ese campo estaba pasando la estación.

¿Qué había...?

Decidió no pensar más en el asunto. Paró el coche: el campo era lo suficientemente tranquilo como para entrar con Hugy.

Saltaron el alambrado.

Caminaban en silencio, guiados por el cerco de alambre que los separaba de un par de dorados rastrojos. A Víctor le llamó la atención un espantapájaros en medio de las cañas de maíz. No tenía mucho sentido: la cosecha ya había sido levantada, y nada había que espantar.

Sintió la sequedad que le venía molestando la garganta y, sin saber por qué, quiso acercarse a ese muñeco clavado en una estaca de unos dos metros de alto. Pretendió ordenarle a Hugy que pasara el alambrado, pero otra vez la sequedad de garganta le impidió hablar. Le hizo una seña indicándole que pasara y, justo en el momento en que él se agachaba para deslizarse entre los dos alambres —abajo el de púas y arriba el galvanizado liso—, le pareció que Hugy, de un salto...

No, más que un salto fue como si, espontáneamente, al chico le hubieran crecido alas que le permitieron volar sobre el alambrado.

Víctor se incorporó del otro lado del cerco. Quedó frente a Hugy, y Hugy le guiñó un ojo. ¡Hugy le guiñó un ojo! ¿Por qué, si jamás...? Y más intriga sintió cuando los pastos se oscurecieron: una enorme banda de cuervos revoloteaba sobre ellos ensombreciendo el campo.

Al ver que los cuervos volaron hacia el muñeco empalado en medio de una hondonada, Víctor los siguió a toda carrera. Los cuervos se posaron en el espantapájaros. ¿Sería un nido? Pero un nido es algo acogedor, y estos ahora se picoteaban rasgándose las plumas, arrancándose jirones de carne. Y el movimiento era tan grotesco que terminó por convertirse en una gran masa negra de plumas y sangre girando sobre su propio centro.

Víctor miraba absorto. ¿Lo estaba viendo o se lo estaba imaginando?

Y entonces oyó una voz que, partiendo del medio de esa hondonada, le llegaba desde todas direcciones como si las ondas sonoras se desplazaran en espiral, rodeándolo.

—¿Vos creés que soy el único, querido papito? ¡Sos un imbécil!

Esa voz sórdida, vieja, no era la de Hugy, no podía serlo. Pero... ¿no era Hugy el que hablaba? ¿O algo en él, detrás de sus palabras, generaba esa ponzoña?

Víctor levantó la escopeta y le apuntó.

Hugy, al mismo tiempo, también lo hizo: apuntó directo contra él, y él cerró los ojos y enseguida tronó un disparo.

Graznaron los cuervos, y la bola negra voló y se abrió en abanico y los pastos volvieron a oscurecerse.

—¡Papá... papá! —Ahora la voz de Hugy era la voz de Hugy—. Tuve que hacerlo... *Tuve* que hacerlo.

—¿Pero... por qué, hijo? ¡Qué has hecho!

—Me vi obligado, papito. No tuve chances.

Víctor cayó al suelo y abrazó a Bonny que, despanzurrado, con la cabeza colgando de un jirón sanguinolento, yacía sobre el pasto rojo de sangre. En el último segundo, Hugy había desviado el arma.

—¿Por qué, hijo? ¿Por qué? —Víctor, arrodillado junto a su perro, lloraba.

—Te iba a atacar, papito... te iba a atacar.

Hugy lo miró con una expresión inocente y perpleja. Como si sonriera.

Mientras entraba el auto al garaje, Víctor notó que Nora se alegraba de tenerlos de vuelta en casa. Pero cuando él abrió el baúl, la pobre vio a Bonny. Bonny, el viejo y cariñoso Bonny, ahora duro y destripado sobre bolsas de plástico en medio de un charco de sangre. Y Nora no pudo resistir y echó a correr tapándose la boca.

Víctor encontró en el galpón, al lado de la cortadora de césped, un pico y una pala. Comenzó a cavar en el fondo, entre unos pinos. Oyó el llanto de Nora, y pensó que ella también recordaba sus ladridos, sus saltos para pedir comida, su fidelidad al acostarse a sus pies lamándose las patas.

La pena consumía a Víctor, pero pensó que cavaría hasta que las manos se le ampollasen: era un buen modo de descargar.

po hablaba de los miles de lugares que, según decía, la gente común desconoce. Hablaba de la magia, de la maravilla y del ensueño de aquellos rincones que el universo reserva para los elegidos, para los privilegiados como vos y yo, mi reina.

Mi reina... La llamaba "mi reina", "mi princesita", "mi gran diosa blanca". Gran Diosa Blanca ella, nada menos; esa chirusita a quien las raíces negras ya le estaban arruinando la tintura. Esa forra sin destino, con apenas su primer año de secundaria sin terminar. Esa eterna aprendiz de manicura, con su pelo mal pintado de rojo y sus *jeans* apretados y sus cigarrillos baratos y sus cinco raspajes y su cucha de 4 x 6 mantenida por un usurero y sus disparatadas pilas de platos sin lavar, reventando de gusanos la pileta.

Pero, sea como fuese, el tipo se molestaba en hablarle —sí, a su "princesita"— de cosas de las que ella no tenía ni idea. Y lo peor era que ella, la chirusa que no sabía ni hacer la letra O con un vaso, le iba encontrando un sentido a toda esa mierda... Entendía todo sin siquiera haber oído jamás ni la mitad de las palabras, ni mucho menos. Era como si la sola voz del tipo le abriera la cabeza al evocar la pompa de la Francia de Luis XV, los palacios vieneses de los tiempos de Mozart, las cortes de Catalina la Grande y de Leopoldo II, la violencia de las carreras de cuadrigas, la furia iconoclasta de Enrique VIII. Le describió la agonía de las brujas achicharrándose en las hogueras de Calvino. Le habló de su goce al desnudar a Luis II, el rey loco enamorado de Wagner. Le habló del encanto de los de-

siertos, de las ráfagas y de la arena en remolinos, de la soledad sin principio ni final. Le habló de la lanza que penetró el costado de Cristo.

"Brindo —había dicho el tipo hacia el final de la noche—, brindó por la majestad del rey de los demonios del viento, por el portador de las tormentas y la peste y el delirio. Brindo por Cthulhu, por Azathoth y las montañas de la locura".

Y después fenómenos que imponían su dominio de doloroso vértigo, ramalazos, imágenes sueltas en las que había también como un chasquear de alas que venía de las alturas. Y el acuario ya no era el acuario. Sí lagos, sí mares, sí océanos de fuego, peces-pájaros detrás del vidrio. Y después la mano de rubí deslizando billetes en la garra del patova de la puerta y después la avenida y la gente en manada entre automóviles en caos. La avenida, o lo que quedaba de su ritmo de sábado nocturno, lo que ella apenas podía reconocer mientras el tipo paraba un taxi y la empujaba adentro.

En la total oscuridad.

Con el tipo aún durmiendo a su lado, recuerda su sonrisa fatal: le había dicho que el universo sin tiempo sería de ella, de su princesita, si él la ganaba esa noche de sábado.

Y ella dejó que el tipo metiera mano, cebándose en sus pechos, y alcanzó a ver en el retrovisor los divertidos ojos del taxista.

Y el beso había sido inolvidable. Invitaba a la veneración, a la noche, a la más degradante dulzura. Llamaba al hastío. Oro y escar-

Siente que le laten las sienes. Con el borde de la sábana se seca la frente, desliza un dedo por el surco húmedo de sus senos. Se incorpora para mirar el despertador. Sobre la mesa de luz deberían brillar las rayitas rojas flotando en la oscuridad. Busca el reloj, a tientas.

Nada.

Es absurdo: nunca su habitación estuvo tan negra, nunca vio ella tanta oscuridad.

Jamás.

Desperté en otro lugar, piensa.

¿En la casa del tipo?

Imposible.

Pero... ¿será esa, realmente, la casa del desconocido que ahora duerme a su lado, aquel pintón que la abordó en "Arkham", el boliche del acuario enorme, a la salida del cine?

Sosteniendo una copa, el tipo se había acercado a su mesa de bebedora solitaria. Con una cortesía antigua y caballeresca, le pidió permiso para sentarse y compartir su *drink*. Sonreía con toda la anchura de su boca, con esos ojos. Cosa rara, en un momento le alabó las uñas. Y no paraba de lanzarle solícitas preguntas sobre sus viejos, sobre su trabajo, sus gustos. Divertía, seducía, intrigaba. Movía a la confianza.

Ella recuerda haberle contado ciertos detalles de su vida. Bah, otra que "ciertos detalles": le dijo cosas que, de no haber estado tan borracha, no le habría confesado jamás a un extraño, cosas que nunca había hablado con nadie. Y el tipo escuchaba, parecía un amigo de siempre. Le daba pie para que siguiera contando, para que se vaciara. Y

ella lo hizo. Vaya a saber el tiempo que estuvo hablándole al tipo en voz baja. Le habló de cómo todo se había ido lentamente al carajo con Guillermo. De su primer aborto, cuando no era más que una pendeja. De las mentiras absurdas que había usado con su madre para negarle unos pesos —los únicos ganados en años de quiniela— que la vieja le había pedido para operar al padre. Le habló de su intento de suicidio, cuando la largó un profe y debió abandonar el colegio. Le habló de su peregrinar por trabajos sin futuro, de su fiebre por el vodka. Y el tipo escuchaba, escuchaba. Intervenía también: decía cosas acerca de sí mismo, de sus intereses, de sus conquistas en este mundo. Tenía un acento extranjero. Ruso o alemán, o algo así. Era apasionante oírlo hablar de sus viajes por el universo, por todos los tiempos —eso había dicho, "por todos los tiempos"— del universo.

Le había parecido un tipo de guita. Más bien un príncipe, un príncipe jodón. Un alto mandatario en el exilio. Un marino. Hablador, grandilocuente, pero no agrandado. Ella era cada vez menos consciente del mundo, de las tornasoladas ondulaciones que irradiaba el acuario, de las parejas que se comían la boca hipnotizadas por la orquesta. Quería atrapar con su mirada el anillo de oro y rubí que el tipo ostentaba en el meñique —acaso no se caería redonda al piso si lograba mantener fijos los ojos en algún punto—. Y las palabras se le empastaban, se le disolvían en una creciente marea de alcohol y humo. Sonaban como una música lunar, nocturna. Y el ti-

Parado en el borde de la fosa, alguien lo miraba fijo.

Hugy.

Hugy quieto. Hugy rígido. Una bestia a punto de arrojarse sobre él.

Y, mucho peor, a medida que cavaba, Víctor sentía agobio al ver las cuatro paredes profundizándose a su alrededor. Sólo la humedad del interior y las raíces entrecruzadas las mantenían en pie.

Así sería su propio sepulcro.

Esta misma fosa, pensó, será mi propio sepulcro.

Al darse vuelta para depositar los restos de Bonny, las sombras lo envolvieron. Una raíz se enroscó en su cuello. Asfixiado, cayó boca abajo en el fondo del pozo, y al volverse no le gustó nada lo que vio en lo alto: la figura entrecortada de Hugy, difusa y borrosa, se alargaba como sebo caliente, con un cuello... no, con un cogote, mejor dicho. Un cogote fino y largo y un pie inmenso que derrumbaba el borde de la sepultura.

Víctor se soltó con desesperación de la raíz que lo estrangulaba, trepó por las inestables paredes de tierra y arena que, al desmoronarse, lo cubrían poco a poco, y subió hasta el borde de la sepultura.

Y otra vez aquella voz que parecía salir de las tinieblas de una caverna.

Aquella voz, que dejó de ser infantil, salió de los huesos nasales de Hugy, de esa quijada huesuda, deforme y babeante que descubría dientes corroídos.

—*Somos los suficientes* —logró escuchar Víctor mientras se arrastraba a los pies del engendro—. *Podés*

vern timer ronder entre los jóvenes, en los locales de juegos, en todas partes.

Se levantó como pudo.

—¿Qué pasa, papito, qué te pasa? —Hugy hablaba con su voz.

Víctor logró ver que Hugy corría hacia la casa. Él tiró el pico y la pala adentro de la fosa y lo siguió. Lo vio gesticular frente a la madre: señalaba una decena de bultos que, sobre uno de los tejados de la casona vecina, se alzaban contra el cielo como si fuesen almenas. Al acercarse, Víctor comprobó que se trataba de gatos, de gatos negros. Inmóviles, acechaban desde las tejas.

Y se dio cuenta: Hugy y la madre dejaron de hablar cuando él entró.

—Hugy me contaba cómo murió Bonny —dijo Nora sin mirarlo—. ¿Qué te pasó, a vos?

—¿A mí, qué me pasó? Hablamos después, Nora.

Y Víctor regresó al foso para enterrar a Bonny.

Esa misma noche asaba mollejas y chorizos parado frente a la parrilla. No tenía la mínima gana de hacerlo, pero Nora había insistido con aquello de que el asado une a la familia y todas esas pavadas. Él quería llorar al pobre perro, nada más.

En un momento se alejó del calor de las brasas y se sentó en un banco. Bebiendo a desgano su copa de vino, se dio a mirar alternativamente la parrilla y la sepultura de Bonny, más allá de la hilera de abedules.

Le extrañaba que el humo, llevado por la brisa, se arremolinase

sobre la tierra floja del pozo donde había enterrado a su perro. Tenía frescas las imágenes de Bonny retorcido alrededor de él cada vez que hacía el asado. Y ahora estaba ahí, enterrado debajo de esa tierra arenosa, destrozado por un escopetazo y a merced de las raíces que lo envolverían, de la corrupción que pronto acabaría con lo que quedaba de él.

—Daría cualquier cosa por volver a verte, amigo —se escucho decirle.

Y la tierra suelta y amontonada comenzó a... era imposible, pero la tierra comenzó a... *latir*. Se hinchaba y deshinchaba y palpitaba como si alguien o alguna extraña energía, desde adentro del pozo, estuviera resucitando un enorme corazón. Víctor se asustó. Se aterró, mejor dicho. ¡Pero esa era la prueba que necesitaba para demostrarle a Nora las rarezas que todavía no se había atrevido a contarle!

Se levantó y la llamó a gritos.

—¿Qué te pasa a vos? —Nora salió de la casa.

—¡Vení! ¡Apurate!

Víctor la miraba, ansioso. Nora llegó, él se dio vuelta y... y nada. Nada.

La parrilla humeante, el humo arremolinado sobre la tumba, y Víctor señalándola, con el brazo todavía estirado. Y él, tieso como un estúpido, parado junto a su mujer.

—Nora, te juro...

—No jures nada, mejor. —Nora lo miraba como si estuviera loco, y se dio vuelta—. Ya tengo suficiente —terminó de decir, alejándose.

Víctor, una vez más, prefirió callar. Ya encontraría la oportunidad

de demostrarle lo que ocurría, con hechos concretos.

¿Estaba enloqueciendo? ¿Por qué esos hechos le ocurrían siempre a él, y cuando estaba solo?

Dio vuelta las mollejas, les sacó el hilo a los chorizos, los cortó al medio. Y esperó el último golpe de calor, que largaran la grasa. Después, puso todo en la fuente.

Caminaba hacia la casa y creyó ver una sombra amorfa que cruzaba por atrás del ciprés. No... ¡Imposible que fuese él, el perro! Giró rápido la cabeza para ver la fosa: la tierra parecía removida, como si una comadreja o algún bicho rastrero la hubiese revuelto en busca de los restos del perro.

No... no es posible que fuese Bonny.

Víctor se volvió, entró a la casa, y los tres se sentaron a la mesa ovalada cubierta con hule negro.

Él sirvió un chorizo y dos mollejas en cada plato. Nora, como siempre, trajo la fuente con ensalada de radicheta.

Mientras Hugy y ella comían y armaban planes para ir a la playa a la mañana siguiente, Víctor no podía explicarse por qué aquellos dos se comportaban como si nada ocurriera. Nora, especialmente: ¿acaso no le había pedido que la ayudara a controlar a Hugy, y ahora estaba con él de lo más compañera?

No bien lo pensó, Víctor sintió sed y tomó un largo trago de vino. Le ardió la garganta, y debió sorber de un vaso de agua. Todavía molesto, se dio cuenta de que era la sequedad de siempre. La sequedad en la garganta que últimamente preludiaba... esos hechos.

EL TIPO

MARCELO DI MARCO

Se despierta agitada entre un confuso escalofrío: desde la oscuridad le llega ese ruido punzante, como viniendo de la pesadilla, un alarido que ya se aleja en el silencio de la calle.

Una sirena, piensa. Bomberos. O tal vez una ambulancia, qué más da.

No volverá a dormirse. Imposible dormirse con esa sensación opresiva en la garganta. Le cuesta tragar, como en sus peores épocas, cuando lo de la separación y todo eso. Aunque ahora es distinto.

Empapada de sudor, le tiemblan las manos. Se toca el pecho, con el corazón a mil. La cabeza se le parte de dolor.

No está sola: tiene un tipo al lado.

Un desconocido que duerme en absoluta calma, ajeno al mundo.

Y la boca pastosa, sucia. Descubre un regusto agrio que le provoca náuseas. La resaca del vodka no tiene nada que ver. Quizá haya vomitado antes de irse a la cama. No, no puede acordarse. Tampoco de si cogieron o no.

Reverbera la intermitencia de un relámpago. Aparece el estruendo, y ella se cubre los oídos con la almohada.

Ignora el nombre del tipo, ni siquiera sabe si llegó a decirle el suyo. El tipo se mueve y murmura algo, sonidos que ni oye. Seguro que lo aguijoneó el trueno que se ha desbarrancado por la habitación.

El tipo se queda quieto. Ella no se explica cómo el batir de su corazón no lo ha despertado todavía. Otra vez se lleva la mano al pecho. Y encuentra una tela suave.

¿Se ha vestido?

No recuerda haberse puesto nada: hace años que duerme desnuda.

Debería prender la luz... y no se atreve. Tampoco se atreve a salir de la cama, por miedo a despertar al tipo.

No puede reagrupar los fragmentos de la pesadilla, ese sueño bruto que se le antoja como un atropello de la mente. Nota un aroma ácido y dulce. El tipo debe usar algún perfume raro, importado.

no génesis, perdido en la inmensidad de un oscuro océano gaseoso que se alejaba de su estela mental, borrosamente y hasta el infinito, atravesado por un incontable número de almas que, como la suya, fluían en una especie de Arca hacia el Origen, excitando al Cosmos cual alucinantes miriadas de estrellas fugaces...

(Y pensar que las palabras que hubiere deseado repetir en ocasión de su singular "aterrizaje" no eran

otras sino aquellas que, un 20 de julio de 1969, pronunciara el astronauta Neil Armstrong cuando, al posar un pie sobre la Luna, expresara solemne y magníficamente —¿para todos tiempos?—: "That's one small step for a man, one giant leap for mankind").

O de la fatua y atrevida fragilidad de la ciencia humana...

© ADRIÁN N. ESCUDERO, 2009.



ADRIÁN NÉSTOR ESCUDERO
(Argentina —Santa Fe, 1951—)

En NM ha publicado "Malditos bichos" (# 1), "Cuidador de estrellas" (# 6), "El cáldido Doctor Sin Nombre" (# 9) y "*Vanitæ vanitatum*" (# 14)

La referencia a la Máquina Transmutadora de Furlani alude al tipo de máquina del tiempo o trasladador espacio-temporal cósmico descrito y denominado así por el ingeniero y escritor Jorge Eduardo Furlani (Mendoza, 1941 —*vid.* la ciberbitácora *Los Cuentos del Viejo*—), en su relato "La máquina transmutadora" (La Plata, provincia de Buenos Aires, Argentina, 2/6/08), publicado en la revista virtual **La Página de los Cuentos (Tu comunidad de cuentos en Internet)** el 10/6/08.

Levantó la vista.

Y lo que vio...

Gracias a Dios, aquel horror ocurría delante de Nora.

La miró perplejo.

—¿Qué te pasa, Víctor?

—Pero... ¿no ves lo que yo veo, Nora?

—Sí: Hugy comiendo. —Ella cargó sus pulmones y gritó—: ¡Y vos qué carajo ves, Víctor! ¿Se puede saber qué carajo ves vos?

—No... ¿Yo? Nada, nada.

Hugy comiendo, sí. Eso era lo que veía.

¡Pero comiéndose a Bonny! ¡Devorándose "vivo" a Bonny!

¡Y Nora como si tal cosa!

Ya no tenía dudas: aquella sombra había sido la de Bonny entrando por la puerta del comedor. Él no estaba loco. Todo era una locura, sí. Una verdadera locura. Pero él... él no estaba loco. No se drogaba ni tomaba alcohol, ni había comido ningún hongo alucinógeno. No, señor: él no se había vuelto loco.

Y se lo demostraría a Nora, y le demostraría la verdad. Se la demostraría en Centerplay o Sacoa o en cualquiera de esos lugares de juegos electrónicos que infestaban el centro de Gesell.

Tenía que convencerla.

—¡Vámonos! —Víctor se levantó, tiró la silla y la agarró de un brazo—. ¡Y vos —señaló a Hugy—, vos metete en el auto!

—Víctor, estamos comiendo —gritó Nora—. Dejate de locuras.

—Si querés evitar locuras —él le apretó con más fuerza el brazo—, hacé lo que te digo.

Y la miró, muy serio, y vio algo en sus ojos. Un sentimiento que ja-

más le había descubierto. Vio miedo. Como fuese, a Nora no le quedaba otra que obedecer.

Salieron de "Viejo Árbol" con el Corsa. Víctor aceleró a fondo por la Avenida 5 hasta llegar a la San Martín. Tocaba bocina enloquecido y los coches se abrían dejándole paso: la zona del Gateado, las instalaciones de la telefónica Cotel. Más adelante, la Municipalidad. Y un lugar libre para estacionar.

Bajaron del auto y Víctor le cerró la puerta en la cara a Hugy, que se quedó encerrado.

—¿Lo vas a dejar encerrado? —Ahora Nora cuidaba cómo expresarse.

—Sí, sí. Ya vas a ver.

—¿Ver qué?

—Ver lo que quiero que veas.

Víctor corría, arrastraba a Nora del brazo.

Cada vez que pasaban delante de grupos de muchachos, oía las risas, las burlas.

—¿Te das cuenta, Nora? Están en todas partes.

—¿Quiénes, Víctor?

—Fijate, fijate en ese local.

Son hijos de la cibernética. Hijos del diablo, son. Carcajadas y gritos por todos lados. Fijate cómo bailan delante de los juegos electrónicos.

—¿Pero qué pasa? Son jóvenes. Se divierten.

—Se rien de nosotros, Nora, ¿no te das cuenta? ¿No te acordás?

—¿Acordarme...?

—¿Te acordás de aquella vez, delante del monitor, cuando buscabas información para tu novela?

Víctor veía que Nora lo miraba como a un desconocido. Y no po-

día contarle lo que había vivido en el campo, con el perro, en la fosa, o recién mientras comían. Pero... ¿por qué Nora no había visto a Hugy comiéndose a Bony? Debía mostrarle hechos. Hechos bien concretos. No permitiría que el engendro maldito se saliese con la suya, y que Nora creyera que, de verdad, él se había vuelto loco.

—Vení —le dijo—. Vení que quiero mostrarte a éstos.

Entraron al local más cercano. Lo enervó ver a un pibe con remera, tatuajes y un visor negro conectado con un cable a una computadora, boxeando con un contrincante inexistente. Y otro a su lado, con lentes similares, movía su pelvis hacia adelante y atrás y tiraba forros a los costados como si se estuviera cogiendo minas invisibles. Y otro, con una .9 mm sin cable, mataba policías, embarazadas y monjas que caminaban por la calle en una pantalla de dimensiones reales. Realidad que pasmó a Víctor cuando le pareció ver que los cuerpos ensangrentados caían *afuera* de la pantalla. Todo eso lo quebraba. Todo eso, y el estrépito de los juegos electrónicos con ruido de *rock* pesado de fondo, el humo que le irritaba los ojos, los puchos desparramados por el suelo, el olor a pedo y cerveza y el griterío.

Se arrimó a uno de los grupos.

—Vos, pibe —le dijo al primer energúmeno que vio, y lo agarró de la camisa—. ¿Qué hacés acá?

El pibe lo miró raro.

—¡Soltame!

—Soltalo, Víctor —dijo Nora.

—¿Y vos, pendejo? —Sin prestarle atención a aquella traidora y sin soltar la camisa, se acercó y

agarró a otro de los pelos—. ¿Por qué carajo saltás y te movés como un tentempié?

Los salvajes se le tiraron encima, rabiosos. Nora cayó y golpeó con su cabeza en la cerámica del piso. Y él no cayó al suelo porque su espalda dio contra una mesa de *pool*. Sintió una bola incrustada en un omóplato. Tanteó y logró agarrar otra, con la que golpeó la cabeza de uno de esos enfurecidos que como *rottweilers* lo retenían acostado y trataban de morderlo, y una de las bestias que aullaba le pegó una patada en los huevos y el dolor fue tan profundo que lo obligó a doblar la cintura con tanta fuerza que tiró al suelo a esas fieras que lo sujetaban y él cayó retorcido de dolor en posición fetal y cuando Nora se le acercaba para ayudarlo oyó un silbido surcando el aire que paró al partirse algo en su espalda y reconoció que debió ser un taco de billar, porque un pedazo rebotó en el piso y quedó frente a su cara y lo agarró y se levantó y lo blandió como un arpón y cargó para clavarlo en una panza que tenía enfrente y oyó a Nora gritar “hagan algo” y alguien que parecía ser el dueño lo agarró de los brazos por la espalda y gritó “basta, loco de mierda” mientras él pataleaba para que las bestias no se le acercasen.

Víctor sudaba. Todavía le dolían los huevos. Trató de meterse la camisa adentro del pantalón. Nora lo agarró de un brazo y le pidió que salieran del boliche.

Él necesitaba descansar. Necesitaba ir a un baño. Necesitaba vomitar. Entró por un largo pasillo oscuro y maloliente. Y vomitó hasta el cansancio. Se lavó, y, al cortar la toalla

mismísima presencia de aquella extraña Máquina zumbando sordamente en la quietud del otoño; tampoco que su viajero inesperado para el año ocre del ayer, al mover sus dedos intrigados en indagar el significado de la falla detectada en la pantalla de su transmisor GT-S1100 (*aunque todavía sin mover un pie del sitio donde se había materializado su cuerpo*), diera lugar a que un millón de invisibles ácaros se sacudiera junto al polvillo también invisible que rodeaba la microatmósfera que lo contenía como persona ajena a ese lejano (*cercano*) mundo. Por eso, el problema no fue culpa de su agitado respirar: la escafandra mantenía intacto el flujo de oxígeno interior y exterior a ella... Pero sí, en parte, de sus manos y sus dedos moviéndose libre y tensamente, manipulando el aparato de comunicación; esos detalles parecían haber comenzado —entre otras razones desconocidas— un proceso irreversible de cambio *interdimensional*...

Es que ese millón de ácaros y de polvo propio del aire exógeno había sido removido y seguía siéndolo cada vez que él intentaba pulsar una nueva tecla del celular para solucionar el fallo... Un fallo que, estaba seguro ahora, no hubiera existido de haber sido preservado, por él, todo movimiento dentro del traje que lo aislaba casi —casi— totalmente de la superficie del pasado bajo visita a campo...

De hecho, la explosión aconteció poco después. Un evento posible —aunque no el más importante— omitido al parecer también por El Equipo que lo había trasladado durante la

científica y romántica experiencia, colmó la ingeniería de las regularidades inmutables que sostenían en sincrónica y sinérgica danza cada cosa del Universo Material. Y...

Exacto. Fue cuando un pie dio lugar a otro. Y un paso a otro, y ya no sólo otro millón de ácaros sino otros dos millones de motas de polvo se alzaron leves e ingenuas sobre la húmeda vereda —despegadas de las suelas de unos zapatos asépticamente preparados—, y cambiaron su postura, su posición, su exacto y preciso lugar..., es que todo se esfumó. Instantáneamente. Todo se difuminó sin dar lugar a reacción alguna. Y sólo su alma rumbo a lo desconocido pudo percatarse que el Universo entero —tal cual lo había conocido— había desaparecido para siempre en un abrir y cerrar de ojos...

Epílogo

...Y mientras la estela de su esencia se proyectaba como un haz de luz en dirección al Único que Es y Hace Ser, la compleja estructura de racionalidad con que había sido revestido, avistó a lo lejos una suerte de planeta Tierra pero diferente al suyo; un planeta más bien desértico y lánguidamente recorrido —en la soledad de sus extensas y acrisoladas estepas, sin estribaciones montañosas a la vista—, por unas líneas de agua cuyo origen no podría develar jamás...

Así, un nuevo proyecto había comenzado y del cual no formaría parte. Ni siquiera subsistiría en el más mínimo recuerdo entre las razas de los hipotéticos habitantes (*si los hubiera*) de ese nuevo mundo en ple-

se, a riesgo de cambiar su propio futuro. Más, de haber podido, le hubiera dejado a la vista un mensaje enigmático junto a un regalo que sabría apreciar gustosa, pues le encantaba andar en bicicleta y hacerse dueña de parques y paseos pedaleando sueños... Y una bicicleta Rintendo, de diez mil dólares, equipada con Jet, es decir, con motor de avión y propulsión a chorro de 4.4 caballos de fuerza suficientes para alcanzar los 9 kilómetros de distancia con un litro de combustible JP-4, a 80 km/h, le hubiera resultado una sorpresa increíble... Y hubiera sido magnífico verle la carita de ángel enrojecida en tanto leía y releía la tarjeta de un ignoto y acaudalado admirador...

De hecho, tampoco su presencia podía ser la de un holograma. Él estaba ahí en carne y huesos, a pocos metros de la puerta de la casa donde *ella* vivía, casi en el cruce de las calles Amenábar y Avenida Freyre, merodeando los contornos del barrio sur; por lo que, los síntomas del escozor que repulgaba o erizaba a su piel como al de una gallina ya no eran sólo los defectos detectados en su medio de comunicación interestelar, con los dedos estremecidos y el corazón paralizado por la perplejidad del inconveniente tecnológico advertido, sino por la posibilidad de verla, de pronto, aparecer y tentarse a...

III

Era una noche tórrida y húmeda del verano santafesino y, en cualquier momento *ella*, con su piel de seda y su música de The Beatles y Rolling Stone, de Serrat y Spinetta, se mostraría envuelta en una larga —hasta

su cintura de odalisca— oscura y brillante cabellera que cubriría pudorosamente a unos pequeños, redondos y robustos pechos de miel, mientras sus labios repetían al unísono aquellas canciones que, todavía, de donde provenía (*aunque ella no estuviera ya*), seguían y seguirían sonando de generación en generación...

Entonces sucedió. Finalmente ocurrió. Sí, se habían tomado todas las previsiones posibles. Aunque..., no todas. No todas. Cosas de humanos, al fin y al cabo. Sí, claro que se lo había preparado con intensidad desde el punto de vista psicológico para afrontar el *encuentro* —a distancia— con *ella*, y todas las pruebas realizadas —excepto en los primeros intentos— habían dado positivo. No cabían dudas tampoco acerca de la serena frialdad mental —aunque a nivel sentimental pudiera captar todos los increíbles efectos del *contacto*— con que Adano enfrentaría la situación, la grabaría y la traería de vuelta como testimonio de una experiencia única a nivel de transmutación con seres terrenos viajando por el tiempo y el espacio.

Sin embargo...

Lo cierto es que mientras estuvo inmóvil, reconociéndose a sí mismo, todo fue a la perfección. Excepto por aquellos raros signos eléctricos que le habían imposibilitado conectarse al Equipo e informarle que, su aparición en el pasado había resultado un rotundo éxito. No obstante, ahí pareció estar, prima facie, el punto: el “punto de ruptura” en el espacio tiempo que El Equipo había intentado —en vano— no violar...

Porque, al principio, nadie de El Equipo se percató acerca de la

de papel, vio su imagen en uno de los espejos. Quedó petrificado: se percibía como algo bulboso, brillante. Algo que no era él, y que lo miraba fijo. Sí, lo miraba fijo y sonreía. Sonreía con una mirada como nunca antes había tenido. Pero reconocía esa mirada. Sí que la reconocía.

Hugy.

Y se dio cuenta de que Hugy se había adueñado de él.

La puerta del baño se abrió y entraron dos chicos riendo y susurrando.

Al salir, Víctor oyó más risitas intrigantes: una conspiración. Las risitas, carcajadas del diablo, lo siguieron hasta las tinieblas del pasillo de salida.

Y en ese instante perdió el conocimiento.

V

Esa noche, en “Viejo Árbol”, resonó un tiro de escopeta.

Y, un par de horas más tarde, Nora le explicaba a la policía:

—Debía impedir que lo matara. Ayer, ya lo había intentado cuando mató al perro. Y esta noche, otra vez hablaba estupideces. Actuaba como un loco. Seguro que mataría a Hugy.

Víctor yacía boca arriba sobre la cama, desangrado en inmaculadas sábanas.

VI

Hugy siguió rondando entre los jóvenes. Entre sus amigos.

VII

Nora no pudo zafar de la prisión.

A menudo, piensa: fue un acierto matar a Víctor. Detrás de las rejas estoy segura.

De tanto en tanto, oye voces: cree que en la cárcel la visitan “angelitos”.

Y a veces siente cierta sequedad en la garganta.

© EDUARDO L. POGGI, 2009.

EDUARDO POGGI
(Argentina —Buenos Aires, 1945—)

Integra el círculo de escritores de horror y fantasía “La abadía de Carfax”. Publicó en los cibernéticos axxón, elaleph y revistaaxolotl, que han premiado algunos de sus cuentos y varias de sus pinturas. Escribe en el periódico cultural FIN sobre plástica y literatura. La novela *Razones de un homicidio* y un libro de cuentos aún permanecen inéditos.

Escribe horror y fantasía porque le provoca un goce creativo superior al de la literatura realista. Así volvió a la pasión de su adolescencia, producto de libros de SALGARI, VERNE, DEFOE, LONDON; más tarde POE, CLARKE, ASIMOV; de revistas como *Más allá* y colecciones como Sexton Blake, Robin Hood; y de programas de TV como *Obras maestras del terror*, *Rumbo a lo desconocido*, *Dimensión desconocida* y *Los vengadores*.

EL ÁRBOL DE NUESTRA SANGRE

GUILLERMO ECHEVERRÍA

Somos un pueblo pacífico. Algunos de nuestros vecinos dicen que no tenemos historia, y es cierto, nunca fuimos un imperio, nunca conquistamos territorios ajenos, no tenemos grandes generales, pero sí héroes, desconocidos para el resto de los pueblos, pero recordados por nosotros; siempre nos defendimos de los intentos de conquista y durante siglos vivimos en libertad. Bailamos y cantamos en nuestros valles, nuestras montañas y nuestro mar, vivimos y producimos en nuestros *baserriak*, nos reunimos debajo de los frondosos *haritzak* para tomar decisiones sobre nuestros problemas en común, le rezamos a nuestro *Jaungoikoa*, contamos nuestras leyendas y vivimos nuestros mitos.

Pero una mañana, mientras las sombras de la noche se demoraban sobre los *haritzak*, el cielo se llenó de naves que iban hacia el sur; nunca habíamos visto algo así. Pocos días después supimos que habían aterrizado más allá del territorio de uno de nuestros vecinos y, a los pocos meses, comenzó la invasión. Atacaron

por tierra y por aire; no teníamos ejército, así que el gobierno nos armó como pudo. Rodeamos nuestra capital y protegimos nuestras *lantegiak*, pero nada pudimos hacer; muchos de nuestros hijos murieron; quemaron nuestros pueblos desde el aire, tomaron nuestras ciudades y todos nos convertimos en prisioneros, salvo algunos pocos que lograron escapar a las *haitzuloak*. Como éstas miden kilómetros de extensión y son muy profundas, si lograban cuidarse lo suficientemente bien nunca los encontrarían, podrían organizarse, y luchar contra nuestros *zapatzaileak*.

Con el correr del tiempo, los invasores destruyeron nuestros *baserriak* y, en su lugar, nos construyeron unas casas cuadradas, con una puerta al frente y una ventana en cada una de las tres caras restantes —sin nuestros techos a dos aguas, ni nuestros pórticos, ni nuestras chimeneas, ni nuestros balcones de madera— y de un material desconocido —no de nuestras *harriak* grises y fuertes—; toda la producción de nuestras *lantegiak* debía ser para ellos. No sabíamos quié-

el primero de su clase— que había traído desde el 2020 hasta el espacio-tiempo de ella y sus vírgenes veinte años, tan bella como una Venus de Milo y con la que pensaba revivir esa inolvidable e intransferible sensación humana; aquel estremecimiento físico y metafísico que indica que uno se ha enamorado de otro, enamorado de verdad, con cosquillas en los tuétanos, explosiones y ardores en el corazón, pies montados sobre nubes de algodón y boca endulzada por cientos de besos cálidos y perfumados como un azahar de naranjo o copos de azúcar nieve vestidos de rosa o de azul, según fuera la tarde o la mañana del *encuentro*; del contacto siempre esperado en su noviazgo ideal...

Había utilizado para ello la Máquina Transmutadora de Furlani, y el viejo pero actualizado celular le permitiría comentar a El Equipo los pormenores de su intento de conexión con Evamaría, en el justo momento en que la conociera, allá por 1972 cuando, en una reacción de autoexigencia, había decidido superar al profesor de las primeras clases de computación de datos en la Facultad de Ciencias Económicas donde cursaba estudios de contador público, haciendo un curso intensivo particular sobre la materia —y del que ella imprevistamente participara—, a fin de sorprender al docente con demostraciones prácticas del manejo de las primitivas tarjetas perforadas con el que comenzara a existir su nuevo mundo: informático, cibernético, telemétrico y tecnocrático...

Pero el nerviosismo que empezaba a agitarlo provenía de un suceso inesperado: la pantalla TFT (*táctil*

antirrayaduras de 1,76 pulgadas, Bluetooth 2.1 y 40 MB de memoria interna), estaba como electrizada. El celular (*una especie de reloj-teléfono con funciones extras de sincronización por medio de Outlook y Google Wave —aprovechando así su interacción con Maps, y con Twitter, Facebook y Friendfeed en una sola ventana—, descontando la placentera alianza de reproducción con archivos MPn*), estaba *disfuncionando* precisamente en el instante de su arribo al pasado y mostraba la información que recibía o intentaba emitir como las curvas de un sismógrafo...

Algo fallaba en la triangulación planeada por El Equipo entre el laboratorio y los enlaces con la Máquina Transmutante y el GPS conectado al GT-S1100.

II

De hecho, mientras trataba de serenarse y adivinar las causas del inconveniente, pensaba que lo más difícil se había alcanzado, y que el Experimento Furlani había dado resultado: las tres fases se habían cumplido matemáticamente. Había podido desmaterializarse y trasladarse átomo por átomo en el tiempo, para recomponerse luego —como persona— a la perfección. O, al menos, eso creía. El Equipo había tomado todos los recaudos posibles como para que *el encuentro* sólo fuera medianamente lejano, pero conscientemente nítido: una extensión a tiro de piedra entre ambos protagonistas.

De hecho, también, no podían modificarse eventos de ninguna cla-

EL ENCUENTRO

ADRIÁN N. ESCUDERO

*Para DANIEL CROCI, el fundador primario,
y los talentosos recreadores de NM,
SANTIAGO OVIEDO y BÁRBARA DIN.*

A la fatua y atrevida fragilidad de la ciencia humana...

Bitácora de vuelo

Hubo tres eventos no contemplados al planificar el viaje: a) la Máquina debió de haber quedado suspendida en vilo en el entretejido dimensional, sin materializarse plenamente en el pasado. Mirar el “ayer” como por el cristal de una ventana a la que el Sol atraviesa sin romper. Porque la materialización colocaba de golpe, en aquella realidad transgredida, un objeto no generado en su momento por las leyes de la física ni del espacio-tiempo natural; b) el haber salido de la Máquina (lo cual impidió que estuviera completamente inmóvil frente a la realidad vulnerable); c) por último, el movimiento racional y sensible de caminar y acercarse más al objetivo: eso dio lugar a la perfecta definición de una paradoja cósmica impulsando a la octava alternativa apocalíptica y a la figura del oculto Ángel exterminador descrito pero ignorado por el mundo cristiano en la Revelación de San Juan, por causas tan ajenas como los designios del “Único que Hace y

Hace Ser”. Pero ni el Equipo, ni él tendrían ocasión de enterarse de esto, hasta no ser parte del todo en el Todo. Los estoy esperando... Por su parte, los siete Arcángeles restantes ya han ido completando oportunamente su trabajo. Fdo.: San Simón Pedro, Acta N° 09 - Bitácora de Vuelo del Arca del Día del Juicio Final, en dirección hacia el Portal de la Ilustrísima Jerusalén Celeste. Lo no testado, vale. Conste.

...Lo cierto es que, *ahora*, él estaba parado en aquella esquina enturbiada por un farol mortecino de barrio, que centelleaba serpientes ámbar y ocre, mirando de un lado a otro, fruncido el entrecejo, mordiendo los labios y tratando de adivinar los números y códigos del SG GT-S1100 que temblaba en sus manos recién estrenadas.

El SG GT-S1100 era un gastado celular —el que, sin embargo, estaba orgulloso de poseer por ser

nes eran ni de donde venían; sólo que algunos de nuestros vecinos eran sus “amigos” y los habían ayudado en su invasión.

Ya no podíamos seguir nuestras costumbres, ni reunirnos debajo de los frondosos *haritzak*, ni hablar nuestro milenarismo idioma. Llenaron nuestras *ikastetxeak* con sus maestros, nuestros niños aprendieron lo mínimo indispensable y todos tuvimos que aprender ese horrible y complicado idioma suyo.

Hasta quitaron las *hilarriak* de nuestros cementerios; ni siquiera a nuestros muertos dejaron en paz. Teníamos que olvidarnos de toda nuestra cultura e historia milenarias, así, de repente.

Al principio, intentamos seguir hablando nuestro idioma dentro de las casas pero, de alguna forma, sabían que lo hacíamos y llegaban con sus armas. Algunos fueron llevados a sus cárceles y nunca más los volvimos a ver; otros eran fusilados en las calles y enterrados en lugares que desconocíamos.

No sabíamos cómo se enteraban de todo lo que hacíamos y decíamos en las casas, cientos fueron encarcelados por conspiración, hasta que lo descubrimos; habían colocado cámaras y micrófonos por todas partes, la intimidad de nuestros *baserriak* ya no existía. Aquellos que intentaron quitarlos fueron directamente fusilados; las casas eran cárceles, sólo podíamos hablar en las *kaleak* mientras caminábamos, pero pronto se llenaron de espías, incluso de nuestro propio pueblo, *jazpisugeak!*

Después, vino la segunda etapa. Sacaron las cámaras, los micró-

fonos y los espías, que ya no hacían falta, pues algo más sutil nos controlaba —ellos mismos nos lo informaron—: los alimentos que nos proporcionaban tenían alguna extraña sustancia que nuestro cuerpo metabolizaba muy rápido y que no era expulsada en nuestros *iraizkinak*, y que hacía que una porción de nuestro cerebro enviara a sus cuarteles todo lo que pensábamos, razonábamos y sentíamos; ni siquiera necesitábamos decirlo.

Si alguien intentaba descubrir cuál era la sustancia, qué alimentos la contenían, trataba de sabotear la manufacturación de esa comida o se guardaba una parte de la producción de alimentos básicos, su cerebro lo delataba. Y no podíamos dejar de comer, así que estábamos atrapados; ni siquiera servía dejar de comer un par de días para poder evadir el control, porque la sustancia se acumulaba.

Éramos esclavos por primera vez, y no sabíamos de quién. Nunca nos enseñaron quiénes eran ni de dónde venían; sólo sabíamos que eran una asquerosa *zikinkeria* y que teníamos que echarlos de nuestra *herri*.

Y ahora estamos en la tercera etapa del control; tarde o temprano podríamos hallar la forma de contrarrestar la sustancia de los alimentos, así que perfeccionaron el dominio: nuestros *semeak* son modificados genéticamente durante la gestación para que sus cerebros funcionen como delatores desde el nacimiento, no sólo de sus sentimientos y pensamientos, sino también de todo el que estuviera cerca de ellos.

Detectan el embarazo antes de que las propias mujeres lo sepan, se las llevan y sólo después de los nueve meses las volvemos a ver. No sabemos que les hacen; ni siquiera ellas lo saben. Algunas no vuelven más. Todas las jóvenes entre los dieciséis y los treinta y cinco años están obligadas a tener cuatro hijos. Igualmente, nunca se nos hubiera ocurrido dejar de procrear: nuestra nación debía seguir en pie; mientras una nación tenga hijos hay esperanza. También se llevan a las estériles y de alguna forma hacen que puedan engendrar.

Llevamos cuarenta *urteak* de opresión; somos como máquinas, trabajamos, comemos, dormimos, leemos sus libros, escuchamos su música, bailamos sus bailes, le rezamos a su dios...

Pero tal vez todo esté llegando a su fin. Hace quince *urteak* que *Itxaropen* nació en el seno de nuestra *sendi*. Nuestros opresores la clasificaron con la denominación ; en realidad, nosotros le pusimos “Esperanza”, pero ella se llama a sí misma *Itxaropen*. Por fin la genética de nuestro pueblo está reaccionando. *Itxaropen* piensa y siente, pero transmite a los cuarteles lo que ella quiere, y no sólo eso, también bloquea lo que nosotros pensamos y sentimos y transmite por nosotros —incluso cuando estamos lejos de ella—. Nos contó que genera una barrera que aísla nuestras transmisiones y, en su lugar, emite una transmisión falsa por cada uno de los miembros de nuestra *sendi*...

Su desgaste mental debe ser extraordinario, pero es fuerte y resistirá.

También puede comunicarse con otros como ella, ya son muchas las *sendiak* en las que sus miembros pueden pensar y sentir sin trabas, y cada día somos más; ahora nos resta organizarnos para echarlos de aquí y liberarnos de su yugo.

Otra *neskatxa*, a la que llamamos “Bondad” y que se hace llamar *Ontasun*, va a huir hacia las *haitzu-loak*; ella dice que percibe que los *atzerriratuak* están vivos y que, después de tantos años, ya son cientos. Incluso sus jóvenes tienen también esta fuerza mental.

La liberación está en marcha.

Muy pronto el sonido de las *txalapartas* y las *albokas* va a sentirse otra vez por los *mendiak*, y volveremos a bailar nuestros bailes, y hablaremos otra vez nuestro idioma, y los más viejos enseñaremos todo esto a los más jóvenes, nuestras leyendas, nuestras canciones; volveremos a vivir nuestra amada cultura, después de tantos años de opresión. Al volver a pensar libremente, descubrimos que recordábamos todo, que todo estaba vivo en nuestra *arima*. Y, sobre todo, volveremos a venerar a nuestro árbol *sakratu*, bailaremos un *aurresku* a su alrededor, o alrededor de lo que queda de él, porque nuestros *zapatzaileak* le prendieron fuego; pero su tronco, chamuscado por las llamas, sigue en pie igual que nuestro pueblo.

Y así como por su tronco muerto seguramente corre aún su antigua savia, del mismo modo la sangre de nuestros *gazteak* late con fuerza dentro de nuestra antigua estirpe:

por un instante, y luego corrió en busca del arma, la escopeta que presentía iba a serle inútil. Disparó muchas veces desde la puerta, recargó el arma otras tantas, hasta que el error y la falla sobre el objetivo le parecieron inconcebibles. El Barble esquivaba los tiros, y parecía reírse de su impotencia.

Nicanor tiró la escopeta a un lado y agarró un hacha. Fue tras el animal, que escapaba demasiado rápido. Lo persiguió durante casi todo el día, deteniéndose a descansar cuando veía que el Barble también se detenía a beber en la laguna. Ni siquiera esperaba que alguien viniese a ayudarlo, ya pocos lo visitaban.

Él arrojaba piedras y golpes de hacha, pero el animal se escabullía tras las nubes de polvo que levantaban sus patas. La persecución se interrumpía por momentos para que Nicanor descansara, tomara agua o remojara la cabeza en la laguna, alrededor de la cual el Barble daba vueltas, girando la cabeza de tanto en tanto hacia él, como burlándose.

Y la noche llegó, sin que Nicanor pudiese dominarlo.

Se metió en la casa y cerró la puerta. Se recostó en la cama después de una larga, tediosa hora de tregua y silencio. La luna parecía haber calmado al Barble. Se sacó la ropa y la colgó en la silla, tan prolijamente como no lo hacía desde que

su mujer se había ido. Tomó un trago para reponer el sudor perdido, y limpiar su garganta reseca por el polvo. Al dejar la botella en la mesa, sintió un dolor en el pecho, como si el Barble lo hubiese atacado en aquel instante, aprovechándose de su descanso. Sin embargo, la casa y la noche estaban vacías. Después sintió un alivio acogedor y sereno, el sueño y la suave piel del murmullo estival entrando por las rendijas de la puerta le acariciaron la cara.

Y de pronto despertó sobresaltado. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero a su alrededor la casa había desaparecido, devorada o destruida por el Barble. El establo y el corral, el árbol y los montones de tierra señalando las tumbas de los animales tampoco existían. El cielo era casi blanco, y su antigua tierra estaba gris y desolada.

Un gran páramo, un espacio de vacío inquebrantable, lo separaba de la ruta de asfalto. Desde allí, alguien lo saludaba levantando los brazos.

—¡Gonzalo, esperame! —gritó Nicanor

Se quiso levantar de la cama rechinante, lo único que le quedaba de su vieja vida. Pero cuando se llevó las manos a la cara, no pudo verlas.

© RICARDO CURCI, 2010.

RICARDO CURCI
(Argentina —Morón, Buenos Aires, 1968—)

Autor de los libros de cuentos *Los Casas* (2004) y *Los seres intermedios* (2007), en **NM** publicó “Los seres intermedios” (# 14).

chapas bajo el agua, y vio que un tronco a la deriva había golpeado la delantera de la camioneta hasta hacerla torcer en la dirección de la correntada.

—¡Pará, frená! —Pero se daba cuenta de que era absurdo que los frenos sirvieran de algo. El agua siguió golpeando el costado de la camioneta, y comenzó a arrastrarla. Nicanor se agarró del paragolpes, pero las manos le sangraron con múltiples cortes de la chapa, y sin querer se había soltado. Lo último que vio, mientras se sujetaba a las largas raíces de los juncos, fue la cara de su hijo asomándose por la ventanilla, su mirada desgarrada clamando por auxilio.

—Yo lo maté —murmuró en el funeral muchas veces a todo el que se acercaba a darle el pésame, hasta que esta muletilla se repitió por meses.

Nicanor lloraba ahora, un año después, sobre el cuerpo del caballo de su hijo, que la bestia había destrozado. A la mañana siguiente, lo despertaron los gritos de su vecino.

—¡La siembra está destruida! —le decía.

Nicanor abrió los ojos como si hubiese despertado de una pesadilla. Antes de darse cuenta, ya estaban camino al campo. Y a medida que se acercaban, pudo ver el color gris del maíz seco, percibir el olor nauseabundo a saliva y excrementos. Los tallos estaban cortados desde la raíz.

—Las langostas, viejo, mala suerte —le dijo el hombre.

—No. Fue él, el animal que me está persiguiendo. Va a destruirlo todo.

Desde entonces esparció en el pueblo la advertencia sobre la bestia, que nadie había visto, y lo creyeron loco. Las viejas chismosas comenzaron a hablar en el almacén sobre Nicanor y su delirio. Lo vieron recorrer de noche las calles, anunciando la invasión de aquel animal desconcertante. Cuando le preguntaban cómo era, la descripción de su forma extraña e inverosímil provocaba las risas de sus vecinos.

—Pobre Nicanor —le decían, palmeándole la espalda.

Entonces él regresaba a casa. Ya sin animales, porque todos estaban enterrados, incluso sus perros.

El Barble —así había decidido llamarlo— era ahora del tamaño y la altura de un hombre. De noche escuchaba los pasos de sus pezuñas sobre la tierra, merodeando la casa y acechándolo.

Una mañana lo despertó el crujido de la madera. El sol apenas se asomaba. Al levantarse de la cama, alcanzó a ver por la ventana la silueta de la bestia destruyendo la vegetación alrededor de la casa. Todos los arbustos y el pasto hasta la ruta habían desaparecido. El animal estaba devorando con ahínco el último árbol que daba sombra al patio, el mismo bajo el que su familia y él habían descansado, y de cuyas ramas pendía la hamaca en que Gonzalo se columpiaba todas las tardes. El árbol cayó con un estruendo sobre los restos del corral vacío. La mirada de la bestia se dirigió a Nicanor.

Los ojos del Barble eran tan parecidos a los suyos, que creyó estar viendo algo familiar y entrañable. Un fugaz deseo de piedad lo detuvo

nueva, fresca, indómita. Porque si nuestras manos y brazos no alcanzaron para sostener nuestra libertad, hasta la última gota de nuestra sangre lucha para librarse de las cadenas que nos oprimen.

Es nuestra naturaleza: somos quienes siempre hemos sido y quienes siempre seremos... una y otra vez.

© GUILLERMO ECHEVERRÍA, 2009.

Glosario

alboka: instrumento tradicional vasco

arima: alma

atzerriratuak: exiliados

aurreku: baile tradicional vasco

azpisugeak: traidores

baserriak: caseríos, granjas

gazteak: jóvenes

haitzuloak: cuevas, grutas

haritzak: robles

harriak: piedras

herri: tierra, país, comarca, pueblo, región

hilarriak: lápidas

ikastetxeak: escuelas

iraizkinak: excrementos

itxaropen: esperanza

Jaungoikoa: Dios

kaleak: calles

lantegiak: fábricas, talleres

mendiak: montes

neskatxa: muchacha

ontasun: bondad

sakratu: sagrado

semeak: hijos

sendi: familia

sendiak: familias

txalaparta: instrumento tradicional vasco

urteak: años

zapaltzaileak: opresores

zikinkeria: (vulg.) mierda

GUILLERMO ECHEVERRÍA
(Argentina —Buenos Aires, 1967—)

Este cuento viene a ser su debut individual en **NM**, donde anteriormente publicó "Cortina de humo", en coautoría con TERESA MIRA (# 14).

SOMBRAS EN LA OSCURIDAD

MARÍA DEL PILAR JORGE

A J. V. ORTUÑO

*“...Pero sus rojos ojos, sin brillo,
parecerán para tu cansancio
como una quemadura y una fiebre
que se adheriría a ti para siempre...”
("Espíritus de los muertos", Edgar Allan Poe)*

La lluvia es el saldo de otro día vacío, de otra noche arrinconado en la última mesa del bodegón del barrio.

El agua, que le chorrea por la cara, es como una caricia que lava todas las heridas, sin alcanzar a diluir su borrachera. Pero Juan apenas la percibe, todavía le martillean en la cabeza las palabras de Natalia: ¡Sos patético! ¡Te odio!

Sucedió esa mañana, cuando ya se iba para el trabajo. La notificación del juzgado, la prohibición de acercarse a Natalia y a su hija. ¡A ellas que son quienes más quiere en el mundo! No entiende; sólo sabe que las ama, que no fue su culpa, que todo lo que ha hecho fue para defenderlas. Pero Natalia, amparándose detrás del oficial notificador, lo insultó largo y tendido. Y él se fue a su trabajo, como todos los días, y ahora quiere volver a la casa, porque ellas lo necesitan.

El temporal se ha convertido en una turbia cortina que le impide ver. Le empieza a faltar el aire y una repentina náusea le hace vomitar la

escasa cena que comió en el bodegón. La breve sensación de alivio lo anima a continuar.

Bebió mucho, demasiado, pero necesitaba juntar coraje para regresar, para decirle a Natalia que ese juez no sabe nada y que él no las va a dejar solas, porque ellos están allí, acechando.

Juan lo sabe. Todo empezó por culpa de ellos. Fueron esos malditos engendros los que lastimaron a Natalia; él sólo la defendía. A veces ha logrado ver el brillo de sus ojos, pequeños y perversos, espiando desde cada uno de los rincones de la casa.

Por fin se enfrenta a la puerta —vieja, desvencijada— que esconde un silencio hecho de gritos y llanto contenido. Tambaleante, se reclina un momento y lucha con la cerradura. Su mano se niega a embocar la llave, pero finalmente consigue entrar.

Adentro sólo encuentra oscuridad. Eso no le gusta; la oscuridad lo hace sentir impotente, indefenso. En la oscuridad regresan sus mie-

llamábamos *le Barble*. En las vísperas del día de los muertos, salíamos en su busca, gritando: “¡Barble, Barble!”

La voz del doctor resonó en el bar como si llegara desde kilómetros de distancia, en medio de la llanura desolada en una noche sin luna.

—¿Y cómo es? —preguntó Valverde.

—Tiene patas de chivo, cola y cuerpo de perro, cabeza de conejo. Pero qué importa. En lo único que todos coinciden es que los ojos son humanos...

El francés se quedó callado. Nicanor estaba abstraído en sus propios pensamientos. Luego se despidió, oyendo que el doctor le decía:

—Límpiese esas heridas.

Nicanor estaba borracho, pero con una tenue, lánguida sensación de felicidad. Pensaba dormir bien esa noche en su cama caliente. Al llegar a casa, el caballo comenzó a corcovear sin poder contenerlo. Mientras más lo sujetaba de las riendas, más intentaba correr. Tuvo que bajarse para evitar que lo tirase.

—Acá pasa algo —se dijo.

Fue al establo, y descubrió al otro caballo muerto y masticado por los dientes inconfundibles de la bestia. El caballo de Gonzalo, el potrillo que él le había regalado y crecido con el niño. Recordó la alegría de su hijo cuando se lo trajo, saltando de contento igual que cuando fueron en la camioneta a buscar la heladera.

Habían dejado a su madre ya lejos, mientras recorrían el camino de tierra hacia la carretera principal. Cuan-

do llegaron al río, vieron que el torrente estaba agitado y arrastraba montículos de barro duro y raíces enlazadas. Conocía la profundidad por haberlo cruzado cientos de veces, la mayoría siempre seco o sirviendo de lecho a un angosto hilo de agua. Sentados en la camioneta, sin saber qué hacer, miraban cómo el agua sucia formaba torbellinos en los bordes.

—¡A la mierda, vamos a cruzar! —dijo Nicanor, decidido. Sabían que tendrían que esperar tres meses más para recibir la heladera en el siguiente pedido, y el verano ya habría pasado. Se sentía demasiado feliz, demasiado hombre frente a su hijo como para asustarse por el río que lo había traicionado poniéndole aquel obstáculo.

Arrancó, y las ruedas se metieron en el agua a toda velocidad. Mientras más rápido, mejor, pensó. Pero la camioneta se atascó a mitad de camino. El agua golpeaba la puerta, mientras el paso de las piedras resonaba bajo el chasis.

—Yo me bajo a empujar; vos agarrá el volante y mantenelo firme —le indicó a Gonzalo.

El agua era más fuerte de lo que parecía. Alrededor de la camioneta se había formado un torbellino envolvente, y le resultó difícil avanzar para ubicarse detrás y empujar. Pero la camioneta no se movió. Tal vez, si hacía girar las ruedas delanteras, el barro en que estaban enterradas cedería.

—¡Girá el volante! —gritó a su hijo.

El vehículo empezó a desplazarse un poco, pero de pronto oyó un estruendo, un estallido opaco de

La criatura seguía en un rincón del establo. Más grande y más alta. Con la boca y el hocico cubiertos de sangre y la lengua relamiéndose el pelaje sucio. Los ojos lo miraban, y él salió, atrancando la puerta.

Fue a la casa, agarró la escopeta y regresó en busca del animal. Buscó por todos los rincones, pero ya no estaba; había muchas ratoneras y aberturas entre las tablas de las paredes. Se resignó a desistir, esperando que se hubiese ido para siempre. Comenzó a palear y amontonar los cuerpos. El olor de la sangre había exacerbado el ánimo de los perros y caballos. Pronto iban a llegar los zorros de la región, si no los enterraba rápido, y cavó una fosa.

A la noche, un estruendo de gritos y ladridos lo despertó. Los perros ladraban hacia el corral del chiquero. Nicanor se colocó los pantalones a prisa, y salió descalzo. Apuntó la escopeta hacia la sombra blanca en que la bestia parecía convertirse durante la noche. Pero aquella sombra le cubrió la cara, sintiendo otra vez brevemente el calor de su pelaje extraño sobre los párpados.

El arma cayó al fango, y se arrojó a buscarla. No era sólo barro lo que tocaba, sino fango mezclado con sangre. Los puercos que le había costado tanto criar, listos y gordos para la venta, estaban tirados con las entrañas abiertas.

—¡Voy a matarte, hijo de puta, te lo juro!— murmuró Nicanor entre dientes.

Dos días después, pasó por el consultorio del veterinario antes de volver a casa. Era un francés que se

había instalado en el pueblo casi veinte años antes. Nadie supo nunca si estaba titulado o no. Desde la mañana en que había llegado de Buenos Aires se había puesto a curar animales y, a partir de entonces, todos lo consultaban.

—Hay una bestia, doc, que me está matando a los otros —le dijo Nicanor.

—Me contaron... —Y puso sus manos sobre los hombros de Nicanor, como consolándolo—. Pero también sé por experiencia, que a veces nosotros, los hombres, nos enojamos mucho cuando una mujer nos abandona...

—Nada de eso. La bestia ronda la casa, y cada vez es más grande.

—Vamos —dijo el francés, mientras cerraba su consultorio—. Le invito algo en el bar.

Salieron a la calle, y el veterinario tomó de un brazo a Nicanor. En el bar se encontraron con el joven Valverde, que sabía de animales extraños, según contaban.

—¿Sabés? —empezó a decir el francés—, en mi país tenemos leyendas de bestias con las que asustamos a los niños. Algunos dicen que son almas errabundas, con el aspecto verdadero que todos tenemos una vez despojados del cuerpo.

—Acá también —intervino Valverde—. Tenemos al Yaracusá, una especie de víbora con cara de lechuza, y al Curasán, un perro mitad hombre, pero ésta es una leyenda que trajeron del Brasil.

El doctor asintió, bebió otro vaso de vino, y siguió contando.

—Se les da muchos nombres, según el pueblo. En mi ciudad lo

dos. Miedo a los cotidianos gritos del capataz, a las burlas de sus compañeros, a su padre. A pesar de que está bien muerto y enterrado, todavía lo acosa el recuerdo de los vapuleos de aquel hombre. Para poder olvidarlo necesita que el vino recorra su cuerpo.

Intenta encender la luz, pero es inútil. Está cortada; seguro que el temporal desprendió algún cable. El reflejo de un relámpago ilumina la habitación y llena los rincones de sombras fugaces. Tropezando torpemente, comienza a subir la escalera. Al llegar al último escalón pisa algo blando, escurridizo, que lo hace trastabillar. Otro relámpago le permite ver infinidad de pequeñas sombras que se mueven a su alrededor. Han vuelto. Siente pánico y grita incoherentes insultos. Pero ellas permanecen ahí, observándolo con sus ojos perversos y brillantes.

Oye el llanto de la niña. Esa yegua la ha dejado sola, otra vez, murmuró. Empuja la puerta del dormitorio y encuentra a la pequeña acurrucada en la cama, aferrada a su Pinocho. Juan avanza. Quiere abrazarla, pero apenas da dos pasos; tropieza con algo, tal vez un juguete olvidado. No puede mantener el equilibrio y cae sobre la alfombra.

Abajo se oye un ruido. La puerta de entrada quedó mal cerrada y se golpea con el viento. Sin embargo, por sobre ese golpeteo oye otro sonido: el de unos pasos lentos, pesados, que suben por la escalera. Juan puede escuchar los latidos de su corazón y el castañetear de los dientes de la pequeña Carla. Siente frío, un frío que le llega desde dentro del cuerpo y se le instala en los

huesos. Aterido, percibe el siseo y las risas de las pequeñas sombras. Otro relámpago revela una corpulenta y desgarrada figura que se aproxima inexorable, arrastrando los pies. Lo reconoce; adivina su sonrisa y la mirada burlona.

—¡No!... No me pegues... —murmura en un susurro.

Quiere escapar de esa presencia que no debería estar allí, pero que sin embargo lo enfrenta. Culpa, ¡ay! La maldita culpa. Intenta levantarse, pero no puede moverse. Está temblando. Hace un último esfuerzo y, como puede, se arrastra hasta casi tocar la cama de la niña: el último reducto donde pretende esconderse... como cuando era pequeño.

Juan jadea, le falta el aire. Percibe la mirada perversa fija en él. Tiene sed, pero la botella está rota; el vino es sólo una mancha sanguiinolenta sobre el suelo. Cree gritar; sin embargo, no logra escuchar sonido alguno. El espectro es una sombra borrosa que lo acorrala.

La angustia le cierra la garganta.

*Los hombres son fuertes, no llo-
ran; vos sos un maricón.*

En un último instintivo gesto de autodefensa, se incorpora y lanza inútiles puñetazos al aire.

—¡No! Basta...

Las pequeñas sombras se burlan de él. Cantan; están cantando: Malo, malo, malo... sos malo...

La escalera está ahí, adelante. Abajo, la puerta de calle quedó abierta y la lluvia moja el piso de la sala. Juan logra zafarse y, aferrándose a las paredes, trata de escapar.

—¡Salgan, porquería! —Lanza el último puntapié y se precipita hacia la escalera.

Lo último que escucha es el llanto de Carla.

Cuando se encendieron las luces, se escucharon gritos y corridas. Carla, acurrucada en lo alto de la escalera, abrazada a su muñeco; miraba todo con ojos asustados. Desde allí escuchó llegar al patrullero y, casi al mismo tiempo, a la ambulancia. Vio cómo la madre, despavorida, temblando, hablaba con el policía.

Dos enfermeros llevaban el cuerpo de su padre en una camilla, tapado con una frazada. Aterrada, Carla observaba todo: a su madre, aún mojada por la lluvia, y a Anita, la vecina gorda, que daba vueltas alrededor de los camilleros, como un moscardón. El policía le pareció un gigante enorme. Alguien dijo que había sido un accidente y otro más comentó que, tal vez, había sido mejor así.

Carla vio cómo el policía hablaba por el celular y, después, con un tono de voz muy amable parecía tranquilizar a su madre.

—En la mañana tendrá que ir a la seccional y le tomarán declaración para las actuaciones judiciales.

Las palabras le sonaron extrañas a Carla, que apretó más aún a su muñeco contra el pecho. Tiritaba. Por suerte, al final todos se fueron y la casa quedó en silencio. Bajó corriendo la escalera y se abrazó a su madre. Ella le hablaba. Le dijo “pichoncita”, “corazón”, “amor querido” y temblaba; seguro que también los veía.

Por eso Carla se quedó quieta, muy quieta. Sabía que estaban ahí, con sus ojitos pequeños y perversos, contemplándolas desde la oscuridad.

© MARIA DEL PILAR JORGE, 2010.

MARIA DEL PILAR JORGE
(Argentina —Buenos Aires—)

En **NM** ha publicado “Camila” (# 3), “Kuniungüen” (# 5), “El sabor de la rutina” (# 12) y —en coautoría con EDUARDO LAENS AGUIAR— “Hasta que la muerte nos separe” (# 10).

agarro, me lo llevo al pueblo y me hago famoso”, se decía— el animal saltó sobre su cara. Nicanor se llevó las manos a los ojos, asustado. Los párpados le ardieron, pero sólo tenía algunos rasguños. La criatura se había alejado hasta la orilla de la laguna, y estaba persiguiendo serpientes en los pastizales. Nicanor la siguió. Los dientes del animal brillaban con el sol, y se dio cuenta de que eran demasiado grandes para el tamaño del cuerpo. Devoraba a las serpientes con más facilidad que cualquier ave de rapiña que él hubiese visto alguna vez. Entonces regresó al patio y se lavó las heridas en una palangana.

Al final del día, los rasguños todavía eran dolorosos y la cara continuaba hinchada. El animal no se detuvo más a mirarlo, y siguió con su rutinaria tarea de olfateo y reconocimiento del lugar. Al salir la luna, se ocultó en un gallinero vacío, y Nicanor se quedó dormido en una silla, en el patio, bajo las estrellas.

—¡Nicanor, despertá, viejo!

—Era Gonzalo... —dijo entre sueños. Cuando abrió los ojos, vio al vecino que lo venía a buscar para el trabajo.

—Ya voy —contestó. Metió la cabeza en la pileta de agua fría, tomó unos mates tibios y se fueron juntos en la camioneta. Él había tenido un vehículo como ése antes del accidente, y mejor aún, porque era más nuevo, y hasta con una radio. Cada vez que su amigo lo pasaba a buscar, le venía a la memoria el día en que Gonzalo y él salieron para el pueblo a recoger la heladera.

Nicanor había visto los avisos en las revistas en el consultorio del

médico o en los carteles a los lados de la ruta: “Heladeras Frigidaire”, y pensaba en las ventajas de tener comida fresca y bebidas frías todo el año. Ahora que tenían electricidad en la zona, no era posible que vivieran sin una heladera. Entonces se había decidido a gastar los ahorros de casi seis meses, y el aparato ya estaba en el pueblo, esperándolos. Gonzalo saltó entusiasmado al enterarse, corriendo una y otra vez desde la puerta de casa a la camioneta. A cada salto decía:

—¡Vamos, pá, vamos!

Hasta su mujer, tan fiel en ese entonces, los había despedido con un beso y una sonrisa que jamás volvió a tener, como una joya irrepetible.

La sensación de las ruedas sobre el camino de tierra era la misma que hoy. Un dejarse andar sobre nubes de polvo hacia la luminosa era de la modernidad.

—¡Che! ¿Qué te pasa?— le preguntó su amigo.

—La mandé a la mierda, ¿sabés? Y estoy solo.

Pasó casi todo el día trabajando en el campo, y pensando en el animal. Con el cuerpo sudado, regresó a casa al final de la tarde. Al cruzar el patio notó que había demasiado silencio para esa hora, cuando el gallo siempre cantaba y los patos chapoteaban en la laguna. Los perros fueron los únicos que se acercaron a recibirlo, pero se veían cansados. A lo lejos, el silencio de la laguna lo angustió. Un olor a sangre llegaba del gallinero. Entonces, al entrar, vio las gallinas y los patos carcomidos o destrozados.

Fue esa noche que creyó ver, porque no estaba seguro de nada entre la polvareda y la oscuridad, un movimiento blanco. Un gesto de la tierra, o de la noche, que en sí mismo implicaba un color. Algo que surgió para desaparecer al instante. Pero, aun sin verlo, Nicanor sabía que ese algo no era común. Sin abandonar la ventana, le había dicho a su mujer:

—¡Mirá, mirá! —Sin embargo, no podía atinar a señalar nada con certeza.

Ahora ella estaba con las manos apoyadas sobre la tierra, frente a la entrada, la espalda torcida y mirándolo con compasión.

—No te va a devolver a tu hijo el tratarme así.

—Y vos no tenés vergüenza—gritó él, adelantando un pie para patearla, pero se arrepintió.

—Yo ya no tengo marido hace más de un año, así que no me vengás a contar de culpas. Sabés muy bien lo que hice...

Y estas palabras le clavaron a Nicanor un cuchillo. Pero el dolor se alivió al contemplar al animal aparecido a pleno día, tan tranquilo como si siempre hubiese estado allí. Se movía entre los demás con serenidad. Iba de un lado a otro, del corral de los cerdos a la charca de los patos o al gallinero. Ninguno parecía temerle, ni darse cuenta de su presencia.

Se quedó observándolo, parado bajo el sol del mediodía, que daba de lleno sobre el umbral. Los camiones pasaban por la ruta, dejando su cola de polvo y gas en el aire.

—¿Qué te pasa? Ayúdame a levantarme —le dijo su mujer.

Pero no le hizo caso; dejó que ella levantara sola su cuerpo débil. El vestido rosa que se había comprado para gustarle más a él, o al otro, estaba roto en las mangas. Pero luego agarró las valijas y la ayudó a llevarlas a la ruta, silencioso, dándose vuelta para mirar el patio a cada rato.

—No viste al animal nuevo, ¿no?

—¿Cuál nuevo? No me digás que te trajiste otro del pueblo, porque ya no me importa.

Sabía que ella estaba cansada de cuidar tantos animales que él y Gonzalo criaban. Nicanor le había transmitido a su hijo esa misma pasión y, hasta que el chico murió, esa afinidad se había ido acrecentando con el tiempo. A veces, el chico les hablaba a los animales, y lo curioso era que ellos lo obedecían silenciosa y fielmente.

El colectivo llegó diez minutos después; la mujer subió con esfuerzo al estribo y desapareció entre los pasajeros. Se llevaba una parte de la vida de Nicanor, también, aunque no el recuerdo de Gonzalo.

Volvió a la casa. La criatura seguía allí. Esa tarde no fue a trabajar al campo. Sacó una silla al patio, preparó una mesa y puso a calentar agua para el mate. Nada había dejado ella en el horno, pero no tenía hambre.

El animal se movía dejando pequeñas huellas, sin inquietarle el sol fuerte de las dos de la tarde. Nicanor se levantó para acercarse. El bicho lo miró fijo por primera vez.

Esos ojos, pensó, no son los de una bestia. Cuando estaba a menos de treinta centímetros —“si lo

EL VIAJERO

CRISTINA E. CHIESA

*entonces, y apacibles bienaventurados
pasearemos, forasteros, el uno cerca al otro conversando,
divagando, soñando, hasta que este mismo paraje del adiós
rescate nuestras almas del olvido
(FRIEDRICH HÖLDERLIN)*

Erraba en sueños llorando por cámaras atestadas de disfraces, por extensas mansiones, apartando velos y cortinados y cenizas encendidas y palabras esquivas de un vago desaliento.

Luego vino un olor como de tierra removida, como de alguien al que van a sepultar, y una música sin peso, sin sangre, sin símbolos humanos, una elegía llena de presagios como la de una muerta reina que convoca nuevamente sus muertos estandartes.

En el centro de la noche despertó entonces aterrada, con todo el peso de la existencia volcado sobre los hombros encogidos, crucificada, aplastada contra el afiebrado lecho y contra el cielo extático al que miraba fijamente.

Y en el desesperante espacio hendido de su necesidad, marchando entre espesos follajes de bruma, entre acres ramajes mecidos por la niebla, algo se iba abriendo paso, algo lastimero, insomne, algo antiguo, tan remoto como la solitaria estrella de su destino furtivo.

“A qué vuelves ahora, Viajero, a ho-
radar el tiempo, a mover los cortina-
dos de la ausencia irremediable, a
asustarla en los rincones oscuros
de esa edad en la que ya no hay
hogueras ni oropeles...”

“Qué es lo que quieres con tus
viejos ojos como los de aquel árbol,
fijado en el centro solar de un uni-
verso con su propia razón y su pro-
pia voluntad: como la del ánfora
esmaltada en la cámara del joven
faraón, delicada, indemne, pulveri-
zando los siglos con su sola pre-
sencia...”

“Todo el peso de la existencia le
llovía ahora sobre los huesos como
un antiquísima tristeza, la tristeza
de los dos primeros desterrados...”

“La luna se recuesta sobre ma-
deros macerados, en los que hom-
bres aun más solitarios se atrevie-
ron a escribir palabras melancóli-
cas.”

“El agua trae memorias inaudi-
tas. El agua que rige el silencioso
cuerpo y la tierra sometida por vol-
ver a ver alguna vez su corazón
desnudo.”

"Eras el enigma indescifrable, el mudo asombro de las aves ante la germinación de las semillas y la estocada final con una breve lanza, verde otra vez y amarillo en la solemne parquedad del guerrero que se tiende para siempre en su voluntario lecho funerario.

"En los bosques oscuros, Viajero, cabalgas a ciegas, siguiendo el sonido desasosegado de un cuerno de caza.

"Galopas a tientas sobre lienzos infinitos, guiado por una voz que solo tú conoces, voces mojaditas como algas marinas, persiguiendo el mensaje, o la ficción, o algo que de una vez por todas te permita nombrar las corrientes marinas y conjurarlas con el gesto, la mano que palpa las texturas, como si no existiera límite entre el cuerpo y los objetos, y esa antigüedad inaudita, acongojante de tu mirada de

árbol. La palabra, el signo que define tu vinculación última con la luz, tu parentesco de sangre con la divinidad que canta.

"Es así que es imposible ya volver de la sombra de un cuerpo que enmarcaba un muro

"Ni del frío invierno celebrante del extraño culto de la vida que comienza

"Conduélete entonces, Viajero; no la atormentes, no la recibas ni la sujetes más a tus sagrados ritos.

"Deja que el cortejo fúnebre de las aves del destino siga su camino hacia un sur inexorable

"Dale el olvido y que olvide.

"No tiene más tierra ni hacienda que ese cansado corazón que narra la Fábula.

"Ya le parece que ha soñado largo tiempo".

© CRISTINA E. CHIESA, 2010.

CRISTINA ENRIQUETA CHIESA
(Argentina —Rosario, 1957—)

Dentro del género, publicó anteriormente "Tu alma se encontrará a sí misma sola" en **Axxón** 195.

Según sus propias palabras, "solamente escribe para exorcizar sus fantasmas".

EL BARBLE

RICARDO CURCI

La primera vez que Nicanor Espinoza vio claramente al animal, fue el día en que su mujer abandonó la casa para irse con otro hombre.

—¡Andá al carajo! —le gritó él, después de empujarla y arrojar las valijas al patio delantero. Entonces la agarró del pelo, y la tuvo así sujeta un rato que le pareció tan largo como todos los años en que habían vivido juntos, porque en ese momento vio a la bestia entre los otros animales del corral.

Pequeño aún, tenía la cabeza parecida a la de un conejo; las patas cortas y un largo hocico que se movía al olfatear el estiércol del chiquero. Las orejas se balanceaban como veletas en una tormenta. El cuerpo era flaco, casi con la forma de un perro, lo mismo que la cola sin pelo. Era todo blanco, y sorprendentemente limpio en aquel desierto de polvo y barro fundiéndose en una sola masa sobre sus tierras.

Él, que estaba castigando a su mujer por el desparpajo con que se había atrevido a engañarlo, la soltó de una vez sobre el suelo, mientras

ella lo insultaba. Una mujer engañar a Nicanor, pensó con desprecio, como si no la hubiese atendido todos esos años como a una reina. Si hasta no había olvidado traerle flores de cuando en cuando, aun después de que Gonzalo muriera.

Después de llorar por tres meses la muerte de su hijo, una noche le regaló los primeros claveles que a ella le gustaban tanto, y se pusieron a lloriquear juntos, con los codos sobre el mantel de hule cuadriculado de azul y blanco. No recordaba haber llorado nunca antes de esa manera, excepto cuando él y sus hermanos enterraron a su padre. Pero la noche era confusa, la luna salía y se ocultaba con el paso enloquecido de nubes sumisas al capricho de la sudestada. Estaba frío afuera. La sombra del roble se mecía como una amenaza latente sobre el techo de la casa. El polvo se levantaba del camino formando una cortina opaca. La ruta, mucho más lejos, se veía desierta de luces y autos.